

1 2 3 4 **5** 6 7 8 9

5 — Norma y Paula

1 -

2 -

3 -

4 -

5 - Norma y Paula

6 -

7 -

8 -

9 -

El sol enviaba sus rayos a través del tiempo, del éter y del cielo. Golpeaban la Tierra y a todos los seres vivos y muertos de su superficie. Desecaban finas capas del océano. Empujaban a las grandes ciudades y a los pequeños pueblos por igual.

Aplastaban el cuerno de la bahía de Cádiz con divina indiferencia. Luego la bahía se escapaba a una velocidad endiablada a lo largo de las horas, el calor se hacía al menos tolerable y la vida dejaba de contener el aliento.

Las personas retomaban su actividad.

Norma esperaba en la parada de autobús como todos los martes y jueves, y también algunos sábados. Llevaba la equipación de tonos azules del Club Femenino de Hockey Hierba Las Salinas. A la luz descendente del sol de la tarde, sus hombros se veían morenos y sólidos, igual que las piernas. En su rostro, agradable y sin ángulos, solo destacaban aquellos grandes ojos de un color celeste muy parecido al de la camiseta.

El autobús que iba de Puerto Real a San Fernando se detuvo. Dos pasajeros bajaron y ninguno subió. Recuperó la posición de despegue con ese bamboleo artificial y el consiguiente estruendo hidráulico. Aquel era el punto de no retorno. Si Norma lo dejaba marchar, se arriesgaba a que Paula la recogiese con el tiempo justo, tarde o quizá muy tarde para ir al entrenamiento.

El vehículo siguió ruta. Mostraba en su luna trasera la publicidad de una academia que preparaba oposiciones de policía, funcionario de prisiones o bombero. Norma resopló y apoyó los codos sobre los muslos. Bajo la falda llevaba un culote, así que no le preocupaba en exceso tener las piernas abiertas. A algunos chicos les gustaba ese estilo desgarrado, que podía confundirse con cierta arrogancia, pero Norma no era arrogante en absoluto. Tan solo tenía dieciocho años y comenzaba a aceptarse a sí misma; prefería el pragmatismo a la elegancia.

Evitó consultar la hora porque con ello no iba a conseguir que su amiga llegase antes y solo aumentaría su irritación. Miró a la izquierda, hacia la calle que había entre un centro comercial y un parque, por donde debía aparecer la *pick up* Toyota Hilux de color gris marengo. Lo que vio le hizo fruncir el ceño; Paula había aparcado a menos de veinte metros. Norma era incapaz de entender por qué no se acercaba a recogerla, si ni siquiera estaba usando el teléfono; podía ver las dos manos sobre el volante. Consultó, ya sí, su reloj. Aquella preciosidad con forma de ojo daba la hora, medía el pulso y las pisadas, calculaba la posición por un sistema GPS y almacenaba todos los datos para facilitar al usuario estadísticas de sus entrenamientos. Quitó el modo brújula, que a veces activaba por mero gusto, y comprobó que, si no se demoraban en salir, aún llegarían a tiempo.

Se levantó y echó a andar. Su cola de pelo negro, cobriza por el sol, se balanceaba al compás de los hombros. Cuando tocó la ventanilla del copiloto, Paula tardó en girarse. Tenía los ojos enrojecidos de haber llorado. Norma se descolgó la funda del *stick* con la misma mano en que llevaba la mochila y abrió la puerta. Estuvo a punto de sentarse sobre el móvil de su amiga. Lo puso encima del salpicadero y percibió que el aparato estaba caliente, recién usado. Seguramente por eso Paula se encontraba detenida en doble fila, a pocos metros del punto de encuentro; alguna conversación la había hecho llorar.

— ¿Qué pasa, Pau? ¿Estás bien?

Su amiga apretó los labios. Su rostro ya era el de una mujer atractiva, pero en aquella circunstancia volvía a parecer la niña junto a la que Norma se había criado. Paula miró el móvil, como si ese gesto lo explicara todo. Sus ojos solían ser del color del café con leche o de la arena, pero cuando lloraba brillaban como la miel o el oro fundido. Eran latigazos de sol, igual que su pelo.

— ¿Ha pasado algo?

— El cabrón de mi padre.

— ¿Ha vuelto o qué?

Para Norma, el padre de Paula era lo más parecido que había tenido jamás a un archienemigo. Llevaba entrando en su casa desde los cinco años, y una de las cosas de las que más orgullosa se sentía era de haber contribuido a que John Merrick acabase en un juzgado de guardia y, posteriormente, saliese de sus vidas.

— Pon música, Nor. Me tiemblan las manos. No atino...

Norma encaró el frontal de la radio. Siempre le había parecido un muñeco sorprendido o enfadado, los dos ojos redondos en las esquinas superiores y la gran pantalla rectangular como una enorme boca. Decidió pulsar la opción de CD. El muñeco cabreado comenzó a cantar *Rolling in the deep*.

Paula apagó el aparato de un manotazo y gritó:

— ¡Joder!

— ¿Qué te pasa?

— ¡Mi padre, Nor, mi padre está enfermo! Necesita un trasplante de médula y yo soy la única donante compatible.

Norma aguantó la respiración. Luego resopló como un caballo. Echó su mochila y el palo de hockey a los asientos traseros, junto a las cosas de su amiga. De este modo pudo sentarse con más comodidad, orientada hacia Paula.

No había preguntarle cómo se encontraba; para ella era obvio: dolida por tener que recordar los gritos, las cosas rotas en la casa y las huidas nocturnas; asqueada por sentirse obligada moralmente a ayudar al culpable de sus padecimientos y los de su madre; preocupada. Solo había una cuestión en ese momento:

— ¿Te puedo ayudar?

— No hagas planes. Estoy muy nerviosa, tía.

— Pues conduzco yo.

Paula soltó una carcajada. Tuvo que echar mano al paquete de clínex del salpicadero para limpiarse los mocos. Nunca dejaba su coche a nadie, bajo ningún concepto, sobre todo porque no era suyo.

— Venga, me saqué el carné a la vez que tú.

— Hace cinco meses.

— Pues eso. No sé ni cómo me monto contigo. Déjame.

— Y un carajo.

— Esa boca...

Paula le enseñó la lengua. Norma intentó agarrársela pero su amiga esquivó, le apesó un dedo y le hundió los nudillos de la otra mano en las costillas. Paula era rápida. Norma era fuerte. Pegó un respingo por el golpecito, soltó una carcajada e hizo presión con el dedo atrapado, luego usando toda la mano, y por fin le torció la muñeca a Paula. Esta se rio con la flojera de sentirse derrotada físicamente.

— Ah, ah, ah, ah... ¡cabrona!

Norma se acercó a la vez que abría mucho los ojos, adelantó la barbilla como una vaca rabiosa, sin soltarle la mano, y repitió:

— ¡E-sa-bo-ca!

Entonces sonó el móvil de Paula. Un silbido que indicaba un mensaje de *Whatsapp*. Ambas se detuvieron y dirigieron la vista hacia el salpicadero. Todo el espacio del coche se había vuelto a cargar de tensión y pesimismo. Al poco sonó también el móvil de Norma, que llevaba en un bolsillo lateral de la funda del *stick*. Las dos amigas se miraron con extrañeza.

Paula posó las manos sobre las rodillas desnudas, porque le habían vuelto a temblar. Norma se encargó de mirar su teléfono. Luego

comprobó el de Paula y, tras haber leído el mensaje, lo tiró de vuelta al salpicadero. Bufó con alivio.

– Se ha suspendido el entrenamiento.

Paula se dejó caer hasta apoyar la frente en el volante.

– ¡Dios, he pensado que me iban a decir que mi padre había muerto!

Que te van a avisar por móvil, vamos... ¡Seré gilipollas!

– Paula.

– Qué.

– Esa boca...

Cuando ambas tenían once años, el padre de Paula compró un chalé en Puerto Real, cerca del pinar conocido como Las Canteras. Suponía un cambio con respecto a aquella casa del paseo marítimo donde Paula había llegado al mundo, estrecha y poco soleada, propiedad de su madre. A esa edad, Paula y Norma eran lo bastante mayores para saber que John Merrick estaba compensando a su esposa por algo malo, pero imaginaban de modo inocente que las cosas irían de maravilla porque aquel lugar era mágico.

Quizá pensaron que la magia protegería a la madre de Paula.

Lo que comprendieron años más tarde fue que el patriarca en realidad había invertido en su propio ego e igualado un marcador invisible con su mujer. A partir de entonces, ambos poseían una vivienda y podía pasar cualquier cosa.

Los padres de Norma le daban bastante libertad cuando se trataba de la familia Merrick. Desde que las niñas se conocieron en la guardería, habían compartido con ellos algunas comidas y un fin de semana en Port Aventura. La relación entre matrimonios se enfrió con el tiempo, ya que el tren de vida que podía costearse John, como operario especialista en la Base Naval de Rota, no era el mismo que podían costearse Antonio y Eloísa, como celador y auxiliar de enfermería en el hospital Puerta del Mar respectivamente, y con una tremenda hipoteca por delante.

Les pudo el orgullo, o quizá la prudencia. Un día dejaron de aceptar invitaciones, aunque nunca se negaron a que Norma pudiese acompañar a su amiga donde fuese. Todo eso pese a que John era, en general, un tipo bastante campechano y quizá el único americano de la base que había elegido Puerto Real como residencia, cuando sus compatriotas solían preferir lugares más exclusivos como Valdelagrana, en El Puerto de Santa María.

Sus padres solo tuvieron, a lo largo de muchos años, una idea poco matizada del carácter imprevisible del hombre, pero en absoluto de sus devaneos con la cocaína y su propensión a la violencia verbal cuando se encontraba bajo sus efectos. Incluso Norma, durante algunos años,

pensaba que Alicia, la madre de Paula, era simplemente una persona discreta y algo depresiva. No cabía otra explicación a que se encerrase en el cuarto de baño y saliese con los ojos amoratados del llanto o que se tumbase a deshoras y dejase toda la casa para las niñas.

El escenario familiar era aún tolerable en aquella época. Ambas amigas disfrutaron muchos fines de semana, y algunas minivacaciones veraniegas, en aquella casa de campo de enormes jardines, que estaba a pocos metros del pinar; un lugar incluso más mágico. Jugaban solas con la pelota de fútbol o, a veces, con algunos niños de parcelas cercanas. Aún no conocían el hockey. Cuando estaban cansadas, se tumbaban boca abajo en la hierba para observar a los insectos, los caracoles y los hongos. A Norma siempre le había interesado el mundo de los invertebrados, el jardín silencioso. Paula la escuchaba hablar durante horas sobre todos aquellos bichejos, raíces y casitas para gnomos que crecían en los troncos de árboles muertos o a la sombra de las rocas. Paula sabía escuchar cuando se trataba de las cosas de Norma, y Norma sabía escuchar cuando se trataba de las cosas de Paula.

Las cosas de Paula eran las relaciones. No exactamente los chicos, sino todo tipo de relaciones humanas. Si las mandaban a comprar a la venta El Inesperado, Paula maquinaba alguna teoría acerca de por qué la mujer siempre estaba sentada controlando la caja y el hombre siempre tenía algo que mover o descargar en la otra punta de la tienda. También se atrevía a conjeturar sobre por qué los chicos que jugaban con ellas al fútbol llegaban juntos, a las cinco de la tarde, pero uno de ellos se iba antes que los demás. Sus teorías estaban cargadas de un humor bastante negro.

En contra de toda probabilidad, Norma fue la primera en recibir un beso, precisamente del chico que volvía a su casa temprano, Pablo Pando. Aquel día se había lastimado un tobillo y ella se ofreció a acompañarlo, haciendo de muleta. Los demás permanecieron revoloteando alrededor de Paula el tiempo de libertad que les quedaba.

Cuando llegaron a la verja de la vivienda, un chalé grande y lujoso, Pablo se sentó a descansar. Pensaba que sus padres le iban a reñir por haberse lastimado.

— Pues que no te hubieran dejado jugar al fútbol — sentenció ella.

Pablo sonrió y la miró con verdadero agradecimiento. Entonces le dio un beso en la mejilla. El rostro de ambos estaba caliente. Permanecieron a un palmo. Norma se había apoyado en la rodilla del niño, que también estaba caliente y sudorosa, pero no con un tacto desagradable. Pablo se levantó sin prestar atención a su tobillo y la besó en los labios. Norma se separó al poco. Él iba a decir algo, pero entonces oyeron algún bicho por los arbustos cercanos a la verja y ambos se giraron. No era nada. El arbusto guardó silencio de nuevo.

Luego Pablo se levantó y fue cojeando hacia la puerta. Se dio la vuelta y dijo adiós con la mano. Norma le devolvió el gesto, aunque parte de su atención estaba ya centrada en una hormiga que había subido por el entramado de hierro pintado de verde, hasta la altura de su pecho. El insecto rascaba con las fauces una mancha de savia seca. Los pinos de Las Canteras soltaban goterones tremendos de aquella sustancia pegajosa.

La hormiga tenía el cuerpo negro sucio y la cabeza como una gota de vino tinto; una soldado. Quizá creía que se peleaba con algo. Posiblemente moriría intentando acabar con aquella postilla de sangre vegetal. Norma comenzó a cavilar acerca de si recibía las órdenes directamente de su reina a través de algún sistema de comunicación a distancia, o si respondía a órdenes grabadas en su cerebro desde el nacimiento; en el supuesto de que las hormigas poseyesen cerebro.

Se llevó esas reflexiones de vuelta a la explanada donde habían jugado al fútbol con los chicos. Estaba tan preocupada por el asunto de la inteligencia de las hormigas que no recordó, hasta el día siguiente, mencionarle a Paula que la habían besado por primera vez en su vida.

Se encontraban sentadas en el coche, a pocos metros de la puerta del chalé. Por supuesto, todavía llevaban la ropa de hockey. Norma había llamado a sus padres para decirles que tenía que quedarse con Paula. Tras el divorcio de los Merrick, cuando todo se destapó, no solían ponerle pegas si contaba que debía pasar la noche con ella, ya que eso indicaba alerta, inespecífica, pero relacionada con el estado de ánimo de su amiga. En esos casos, ya que querían a Paula como a una hija, Norma tenía carta blanca.

— ¿Has hablado otra vez con tu madre?

— Ahora — respondió Paula.

— Que tienes dos llamadas perdidas.

— Es que ya sé lo que me va a decir, que no me olvide de esto o de lo otro.

Los doctores le habían pedido a Paula que se hiciera la prueba de anestesia aquella misma tarde. Norma sentía que la situación era demasiado grave como para analizar cada uno de los datos que le llegaban a través de las conversaciones telefónicas de su amiga con su madre, pero ciertas cosas empezaban a no encajar. Por ejemplo, que les dijeran ese día que John Merrick ya se había sometido a varias sesiones de quimioterapia muy agresiva, y que la necesidad del trasplante de médula era inmediata. Parecía lógico pensar que deberían haberse asegurado de tener un donante compatible antes de hacer nada. Al fin y al cabo, era la quimioterapia la que obligaba a buscarlo.

— La verdad es que no me acuerdo de lo que tenía que coger.

— Pau, llama a tu madre.

Le pasó el teléfono y salió del coche para estirar las piernas. El olor de la urbanización en verano era inimitable para ella. El calor tostaba las agujas de los pinos. La propia tierra amarilla de los senderos olía a comida de árboles. La resina se mezclaba con el aroma a gramón o césped recién cortado. De vez en cuando llegaba el perfume químico del cloro, porque alguien regaba o llenaba una piscina. Ese olor, que en otras personas provocaba rechazo, a ella le hacía sentir seguridad.

Aquel ambiente la transportaba a los días más felices de su infancia, no tan lejana. Un poco más allá del linde de los chalés aguardaban los estímulos de la arboleda salvaje, llena de claros y árboles espigados, de arbustos que ocultaban nidos de arañas y madrigueras de conejos, donde, lejos de los ladridos de los perros guardianes, se podían escuchar hasta las plumas de los pájaros contra la hierba mientras picaban el suelo. Y, sobre todo, o debajo de todo eso, Norma era capaz de sentir el ciclo de vida y muerte en el jardín silencioso.

No percibía, sin embargo, el olor de las piñas en la hoguera. Debería haber alguien usándolas para hacer el fuego de la barbacoa y luego comerse los piñones ya tostados. A decir verdad, también había pocos coches alrededor. En una hacienda de cultivo, grande y con una sola caseta para preparar los tomates y calabazas, lechugas o melones antes de empacarlos, casi siempre se encontraban aparcadas una furgoneta y una vieja Montesa Impala, aunque fuese cubiertas con lona.

La lona descansaba meticulosamente enrollada en el suelo, vieja como los árboles y desteñida como la tierra; los vehículos no estaban. Tampoco recordaba haberse cruzado con niños ni que ningún perro hubiese asomado el hocico por verja alguna para ladrarles.

Paula salió del coche y se apoyó en el techo. Sostenía el móvil con pocas ganas entre ambas manos. Al hablar, sacó a Norma de sus reflexiones.

— Le he dicho que me pase la lista por *Whatsapp*.

— Vale.

— Me ha dicho que no curiosees, que coja solo las cosas de mi padre y nos piremos.

— ¿Te vas a cambiar de ropa?

— No sé. Tienen prisa. Allí me pondrán una bata y supongo que luego, no sé, me quedaré a dormir en la facultad o algo.

Norma echó la cabeza hacia atrás, extrañada.

— En la facultad.

— En Ciencias del Mar. La que está en el río San Pedro.

— Sé cuál es. Hice un curso de verano: parasitismo en invertebrados marinos, muy chulo... ¿Cómo es que tienes que ir allí? ¿No será al hospital?

Paula se encogió de hombros.

—Dice mi madre que a ella también le ha extrañado, pero que este verano por lo visto no se han hecho cursos ni nada.

—¿Y qué?

—Pues no sé.

—Pero ¿allí cómo van a tener material para un trasplante de médula, Pau?

—¡Que no, que es para las pruebas de anestesia! El trasplante será en otro sitio.

Paula le hizo la señal de la tijera con los dedos para dar por zanjado el asunto y se dirigió a la puerta de entrada de la finca, el llavero en una mano y el móvil en la otra. La ropa de hockey no disponía de bolsillos.

—¿A tu madre no le parece raro?

Paula se limitó a repetir la señal de la tijera. Llegaba un momento en que ya no podía seguir concentrada en el mismo problema. Era algo que le sucedía desde pequeña. Con el tiempo había aprendido a aceptar el asunto y advertir a quien la estuviese presionando mucho que no siguiese por ese camino. Paula pensaba ya en otra cosa, dejaba que su mente se relajase de los problemas reales.

Norma la siguió en silencio, mientras usaba el navegador de su móvil para encontrar información al respecto de la cesión del edificio universitario al Servicio Andaluz de Salud. Por el camino se encontró con muchas otras noticias. Descartó una acerca de un bombero que había tenido que bajar a un suicida en extrañas circunstancias en Las Canteras y otra sobre las nuevas medidas de seguridad aplicadas a la red de trenes de corta distancia.

—En el Hospital Puerta del Mar por lo visto llevan un montón de tiempo pidiendo una máquina nueva para resonancias. Pero no sé si tiene que ver con las pruebas de compatibilidad.

Mientras Paula trasteaba en alguno de los dos baños, Norma permanecía sentada sobre la encimera de granito, en la cocina. Usaba ambos móviles para tener suficientes pantallas de navegador abiertas a la vez y, sobre todo, porque la conexión de Paula era mucho más rápida.

—Me importa entre poco y un carajo, Nor.

Un tarro golpeó el suelo y, acto seguido, recibió una patada y siguió rebotando en el linóleo, sin romperse. No era extraño que a Paula se le cayese algo, pero generalmente lo atrapaba en el aire; poseía reflejos de mangosta. Norma lo atribuyó a su estado de nervios y siguió centrada en los móviles.

—¿Qué más pone? —preguntó su amiga.

—En verdad es una noticia muy corta.

—¡En la lista, Nor, en la lista de mi madre!

– ¿Has cogido ya lo de afeitarse?

El silencio fue elocuente. Norma siguió navegando por los sucesos de las últimas semanas relacionados con hospitales y pacientes, aunque le saltaban informaciones de todo tipo cuya relevancia era muy tangencial.

– A que mi madre no ha puesto dónde puede haber un neceser o algo así.

– No, pero el otro día hubo una manifestación porque los pacientes con fibromialgia ya no son atendidos en la Clínica del Dolor.

Paula apareció en la cocina con dos bolsas de plástico llenas de cosas y las dejó en el suelo a la vez que decía:

– Eso no sé ni lo que es.

– Una enfermedad que hace que te duela todo sin venir a cuento.

– ¿Lo que tiene Pablo?

Pablo Pando, el eterno interrogante en la vida de Norma, el chico que entraba y salía, se ponía malo y luego conseguía alguna proeza. Su primer beso.

– No. Él tiene lupus. Es una enfermedad autoinmune.

– ¿Le vas a donar tus riñones?

– Eso no se cura con riñones, palurda.

– ¿Con médula?

Norma se encogió de hombros y dejó los móviles sobre la encimera. Cuando estaba a punto de bajarse para ayudar a Paula vio en una de las dos pantallas que una noticia acababa de cargarse, referente a una colaboración entre la Universidad de Cádiz y una fundación de estudios del Amazonas. Era antigua, de hacía dos años, pero ya había llegado a un punto en que el buscador discriminaba cada vez menos.

– Aquí pone que...

– Venga, Nor, ayúdame a buscar una mochila y un neceser... o vacío la tuya.

– ¡Nada, ya está, ya te ayudo!

Norma se levantó pero llevó el móvil consigo. Desapareció por la puerta de la cocina y apareció al minuto con una mochila de senderismo. La dejó en el suelo y volvió a sentarse sobre la encimera sin dejar de leer.

Paula se mordió la lengua enrollada, como protesta, pero comenzó a meter las cosas en la mochila. Unas mudas de ropa interior, el cargador del móvil y útiles de aseo.

– Me hubiera gustado ir – dijo Norma.

– ¿A dooooooónde?

– A lo de Brasil. Parece que lo que se iba a hacer en principio era un intercambio entre ecologistas brasileños y españoles. Estaban haciendo algo parecido entre Corea y Vietnam, o Vietnam y otro sitio, no sé. Luego cambió y se hizo una movida de sustratos del Amazonas y barro de las marismas...

— ¿A Brasil? Yo me apunto.

— No, no. Me he equivocado. No era un intercambio de gente, sino de tierra. Pero suspendieron la investigación hace dos años y pico. Por lo visto, en algún sitio de por aquí cerca...

Paula hizo el gesto de la tijera.

— Vale. Pues... no he encontrado nada de que Ciencias del Mar sirva ahora de centro médico.

— Y ¿qué quieres que haga, Nor? ¿Que no vaya?

— ¿Yo he dicho eso? Pero ¿qué te piensas, que te estoy liando para que no ayudes a tu padre?

Norma se dio cuenta, por el gesto de Paula, de que esa idea ni se había cruzado por su mente. Al principio el momento fue tenso. Luego se rieron.

— Eres una puta peligrosa — dijo Paula.

Norma se levantó, se acercó y le dio un abrazo. No era el primero ni sería el último. El rostro de Paula acabó apoyado sobre el suave hombro de Norma. Esta le puso una mano en la espalda y tocó con un dedo entre dos vértebras.

— Aquí te van a meter la aguja.

— ¡Ay, no me lo digas!

— Espera, ¿estamos hablando de médula ósea o espinal?

Se separaron.

— Ni idea. ¿Por qué no lo buscas?

— Vale.

Norma se puso con los móviles mientras Paula terminaba de cerrar la mochila.

— Aquí dice que al ministro de Educación lo recibió el otro día en el estreno de una peli un montón de gente vestida como el malo de *Scream*.

Paula dejó la mochila sobre la mesa y bufó, mientras se dirigía al frigorífico.

— Nor, me estás tocando hoy el coño cosa mala. Estoy un poco tensa, ¿vale?

— Vaaaaaaale.

Abrió la puerta de la nevera y la cerró con rapidez, asqueada.

— ¡Dios, está todo lleno de moho!

— ¿Todo, todo?

— ¡Míralo tú!

Norma volvió a levantarse, esta vez de un salto, de modo que se le marcaron las líneas de las pantorrillas y los cuádriceps. Abrió la nevera y vio que en el interior había un par de bultos cubiertos de una pátina verdosa y aterciopelada, aparte de envases algo chafados de comida tailandesa y una botella de Barbadillos por la mitad.

Cerró la puerta con resignación.

– Lleno de moho ni lleno de moho... exagerada.

A Paula aquella cosa de dentro del frigorífico le había revuelto el estómago y provocado una intensa segregación de saliva. Se imaginaba, sin poder evitarlo, que metía los dedos en esa alfombrilla viviente; la sentía depositada sobre la lengua, como la hostia de comunión.

Volcó en sus manos el detergente para platos del fregadero y se frotó hasta casi los codos. Norma vio cómo su amiga se secaba las manos en la falda y luego la camiseta.

– ¿Cuánto tiempo llevas sin hablar con tu padre? – preguntó.

– Desde mi cumple. ¿Por qué?

– No sé...

– Vale. Ibas a buscar lo de la médula, ¿no?

– Vale, lo voy mirando por el camino. Cuando lleguemos allí tengo un doctorado.

Paula sabía que eso significaba dejarle más tiempo el móvil para que fuera consultando información a dos manos. La idea le gustaba, porque de paso conseguía una intermediaria entre ella y los mensajes de *Whatsapp* o llamadas de su madre. Pensó que quizá le daría tiempo a cambiarse de ropa, pero enseguida cayó en la cuenta de que su propia mochila estaba en el coche, junto con la de Norma y los *sticks*.

– Bueno – dijo –. Pues vámonos. ¿Te dejo en tu casa?

– Voy contigo.

– ¿Se lo has dicho a tus padres?

– ¿No estabas en el mismo coche que yo cuando he hablado con ellos?

Paula cerró con llave la puerta del chalé. Caminaron entre los setos que interrumpían el camino hacia la verja. Algunas ramitas se volcaban, serviciales, hacia las piernas de ambas chicas, síntoma inequívoco de que llevaban tiempo sin podarse.

– Pues estaría pescando cuando los llamaste. ¿Qué, se lo has dicho?

– Que me quedo contigo, sí, se lo he dicho.

– Lo de mi padre.

Salieron por la puerta para personas. Al otro lado de la finca estaba el portón corredero para coches, pero ellas no tenían llave y por eso habían dejado el Toyota en el camino exterior.

– No. No les he dicho nada.

– ¿Por qué?

– Porque te habrían secuestrado para que no fueras a hacerte las pruebas.

Paula asintió, pero su modo de apretar los labios indicaba que no estaba nada conforme con esa respuesta. Norma mostró ambas manos y continuó:

– ¡No les puedes culpar porque no puedan ver a tu padre! ¡Le tienen mucho aprecio a tu madre! ¡Y a ti!

– ¡Pero todo fue por la coca y eso es una enfermedad! Tus padres deberían saber que eso es una enfermedad.

– Ya, pero antes de meterte la primera raya no estás enfermo.

Paula abrió la puerta del coche quizá con demasiada fuerza y se montó de un salto en el asiento del conductor. Tiró la mochila de senderismo en el asiento trasero. Cuando Norma tomó el asiento del copiloto, prácticamente ya había arrancado el motor.

– ¿Estás disculpando a tu padre, Pau?

– No sé, dímelo tú... La gente no está enferma antes de empezar a meterse coca, ¿no? Entonces, ¿por qué unos se meten y otros no? ¿Por qué unos que se meten se enganchan y otros no? ¿Que lo hacen, adrede, para joderle la vida a los demás?

Si la conversación seguía por esos derroteros mientras Paula conducía, era más que posible, probable, que en esa ocasión no respetase los límites de velocidad ni prestase demasiada atención a las señales de tráfico. Norma se limitó a mirar por la ventanilla. Pau, por su parte, parecía menos dispuesta a dejarlo correr.

– ¡Hay una cosa que se llama hacer leña del árbol caído y está muy feo! No sabía yo que tus padres eran de esos.

– Deja a mis padres tranquilos, ¿vale? Yo solo digo que, si tienen que elegir entre protegerte a ti o a John Merrick, lo tienen demasiado claro. Además, soy yo pensando por ellos. Lo mismo ven lo más normal del mundo que vayas.

– O sea, que lo de donar médula puede ser peligroso...

– Lo voy a mirar, ¿vale?

– Vale.

La *pick up* se bamboleó al pasar por un camino bastante maltratado por las lluvias de la última primavera. Norma estuvo a punto de perder uno de los móviles. Se fijó a su alrededor y, cuando vio el modo en que sobrepasaban un contenedor de agua oxidado, de más de cinco metros de altura, chasqueó la lengua.

– Ve más despacio, tú.

– Vaaaale...

El camino daba a la Avenida de la Constitución, una arteria urbana con bastante más tráfico, donde ya se veían urbanizaciones de buen aspecto, centros de ocio e incluso los juzgados del municipio. En ese cruce, que era el paso del campo a la ciudad, a la derecha, había una finca en desuso. Toda la parcela fuera de la casa aparecía tomada por mala hierba y arbustos enormes. Con la luz adecuada, a veces podían verse telas de araña que unían dichos arbustos como sábanas puestas a secar.

La finca llevaba deshabitada desde antes que Norma y Paula nacieran. Los vecinos de Las Canteras tenían distintas versiones del porqué, muchas de ellas inspiradas en la extraña arquitectura de las viviendas. Se trataba de dos edificios semiesféricos, con unas viseras que hacían las veces de techumbre para el porche, en forma de punta de flecha, y señalaban al cielo en distintos ángulos. Realmente parecían cabezas que lucían coronas de piedra, cráneos oscuros con aberturas oscuras que, en teoría, debían servir como puertas y ventanas.

Había quien aseguraba que el chalé de dos casas había sido la sede de un culto satánico desmantelado por la policía. Otros pensaban que fue construido por el capricho de un traficante de drogas, alguien que enloqueció debido al abuso de heroína y acabó sus días en El Madrugador, el antiguo psiquiátrico de la provincia.

Entre las muchas travesuras infantiles de las dos amigas no se encontraba haberse colado en aquel sitio, aunque Norma siempre había mirado con envidia las vastas cortinas de telarañas mientras imaginaba la cantidad de insectos extraordinarios que poblarían su suelo, oculto por la mala hierba.

El Toyota tomó la curva. Norma pudo ver, en el último instante, que una figura, oculta tras unos arbustos, se levantaba y las observaba alejarse. Se le encogieron los músculos de la barriga y echó la cabeza hacia atrás, el cuello tenso. Por el ángulo, era poco probable que aquella persona supiera que la habían visto desde el coche.

Norma se pasó la mano por la faldita para secarse el sudor que había empañado inmediatamente sus palmas.

«Solo es alguien que estaba cagando», pensó.

Volvió a los móviles. Tardó un poco en poder concentrarse, sobre todo cuando su cerebro lanzó una réplica a la explicación que acababa de pensar: «¿Quién se cuele en un terreno abandonado, plagado de arañas y arbustos, para hacer algo que puede hacer en otros mil sitios discretos fuera de la verja?».

— Un viejo traficante de drogas que acaban de soltar del manicomio — dijo en voz alta.

— ¿Otra vez con las noticias?

— Algo así.

Paula ya tenía bastante con sus preocupaciones como para andarle con más historias raras, así que Norma dejó el tema. Usó los buscadores de ambos teléfonos e intentó informarse acerca de los tipos de enfermedades que podían requerir un trasplante de cualquiera de las dos médulas humanas. Ella misma también parecía necesitar un poco de tranquilidad, ya que, según parecía, cualquier estupidez comenzaba a alterarle el ánimo.

Si se sentía nerviosa tan solo por volver a hablar del maltratador cocainómano que resultaba ser el padre de su mejor amiga, no podía imaginarse cómo había sido la vida de Alicia, la madre, durante los años que vivió con él. Desde la mañana a la noche y durante el sueño, soportando insultos y silencios tan letales como la carga muda de un cable de alta tensión, tumbándose sobre granadas para que las explosiones no llegasen a oídos de su hija.

Era un milagro que aquella mujer siguiese cuerda.

Norma echó el respaldo hacia atrás y entró en la página oficial de la Asociación Española Contra el Cáncer. Mientras, en su móvil, más pequeño y con peor conexión, el buscador abandonaba los patrones de búsqueda antes solicitados, los que giraban en torno a por qué la Universidad había cedido un edificio durante el verano a ciertos tratamientos médicos, y avanzaba con lentitud hacia un mundo de noticias acerca de consecuencias de las donaciones de médula.

Controló su respiración y, en unos segundos, su ánimo era sereno como un día sin viento.

El campus universitario se encontraba en una zona agreste cercana a un cruce de carreteras, rodeado de vivas arboledas y terraplenes estériles. A la espalda del edificio de Ciencias del Mar, el primero de todos, había una vereda de polvo, flanqueada por pinos, que daba al río San Pedro. Este era realmente una ría, una manga de agua salada que se introducía en tierra y dividía el municipio en dos.

Al norte del complejo estaba el parque natural de La Algaida, que hacía breves incursiones en el río San Pedro a través de caminos rodeados de charcas de agua salada, con aves zancudas y cangrejos que se escondían cuando se acercaba un corredor. Suponía una extensión de terreno tremenda con la que el Ministerio de Defensa juraba y perjuraba que ya no tenía vinculación alguna. Aquel parque estaba formado por zonas despejadas y por otras, tan saturadas de árboles y arbustos, en las que resultaba imposible comprobar si nunca había habido un búnker o alguna estructura semejante.

El edificio de Ciencias del Mar destacaba, enorme, sobre el resto. Tenía forma de hélice, con tres aspas que salían del cuerpo central, coronado este por una gran cúpula. El sol del verano, a las siete de la tarde, rebotaba en la mitad acristalada de la cúpula y en las ventanas de las aspas, como el chorro de una manguera de oro líquido. Incluso las copas de los pinos más cercanos parecían seducidas y vestidas con ese hechizo de carisma.

A poca distancia de la enorme hélice, pero dentro del campus, podía verse el centro infantil de La Algaida, con un pequeño parquecito de

casetas y toboganes para niños. Un poco más al norte se alzaba el edificio de Químicas, rectangular, tosco y de aspecto antiguo. Más allá había otros edificios lectivos como un aulario, una biblioteca o la Facultad de Ciencias de la Educación.

Frente a Ciencias del Mar y fuera del campus, al otro lado de la carretera, estaba el Complejo Deportivo Universidad de Cádiz. Algunas grúas y material de obra descansaban en los alrededores, ya que el recinto permanecía cerrado por reformas.

La *pick up* llegó por el estrecho camino de asfalto, paralelo a un llamativo carril bici, hasta la entrada principal del complejo. A la derecha quedaba la marquesina de la parada de autobús y a la izquierda una hilera larga de plazas de aparcamiento bien definidas, pintadas recientemente, vacías. Solo uno de los portones estaba abierto, el principal, aquel flanqueado por los carteles que rezaban «Campus de Puerto Real» y «El mar que nos une».

En la puerta se encontraban dos hombres vestidos con camisetas grises de mangas cortas y pantalones negros, gafas de sol, uno más alto que el otro, pero con idénticos cortes de pelo casi a ras, rubio y brillante por el sudor. Las camisas llevaban charreteras sencillas, una placa identificativa en el bolsillo izquierdo y el logotipo de la empresa de seguridad privada bordado en la manga derecha: tiburones dentro de un escudo. Las correas sostenían *walkies* y grilletes.

Con esa ropa no le parecieron a Norma hombres fornidos hasta que el coche se acercó y pudo fijarse en sus antebrazos; los del más alto, lisos y contundentes; los del más bajito, fibrosos y con un suave vello rojizo. Este último llevaba una tablilla de plástico duro con folios pinzados en el extremo. Ninguno portaba defensas ni revólveres.

No hacía falta que le dijeran a Paula que debía detenerse. El tipo de la tablilla se acercó, sonriente. Luego se agachó para mantener la visual con la conductora, a una distancia de dos metros, y preguntó:

— ¿Paula Merrick?

— Sí. ¿Ha llegado ya mi madre?

— Sí, está dentro. Aparque cerca del edificio, por favor.

El hombre volvió a incorporarse y le hizo un gesto rotatorio con la mano para que metiese el coche.

Pasaron por al lado del centro infantil. Había un chico, no mucho mayor que ellas, que terminaba de montar una gran hilera de vallas azules y amarillas para marcar el límite entre Ciencias del Mar y el resto del complejo. El chaval era atlético, moreno, poco llamativo, e iba vestido también de vigilante de seguridad. Parecía más aburrido que cansado por su modo de sacar la última valla del interior de una furgoneta.

Norma volvió a sus móviles. Paula encaminó el coche hacia los aparcamientos cercanos a la puerta principal, todos ellos rodeados de jardines con rocas decorativas y palmeras.

— Has estado muy callada por el camino — dijo.

— Es que la conexión por carretera va superlenta. Pero vamos, que lo del trasplante de médula espinal era un tontería. Será de médula ósea, en todo caso.

— La del fémur.

— Eso es. Por lo visto se hace mucho cuando la gente tiene que recibir quimioterapia, es verdad, aunque... y aquí no sé si me estoy liando... parece que también se le da quimio a la gente para que sea más difícil que rechace un trasplante de médula. O sea, que no sé si tu padre necesita médula porque le están dando quimio o necesita quimio porque le van a poner una médula.

— ¿Y qué coño puede haberte entrado para que te tengan que trasplantar la médula si no es el cáncer?

— Mira, Paula... la conexión va lenta, pero lenta. Y la Wikipedia tampoco te creas tú que...

— Vale, futura bióloga, no te canses. Ya me lo explicarán.

— Esto no es biología, es medicina.

— ¿Y los médicos qué curan, edificios o animales de dos patas?

— Ten cuidado, Pau. Todavía te queda un poco de lógica detrás de las orejas.

El coche acabó frente a las escalinatas de la puerta principal, en una zona de aparcamiento ordenada con pivotes azules y blancos, como gendarmes dormidos de otra civilización. Allí había veinte vehículos, todos más pequeños que el Hilux.

Las esperaba un hombre joven vestido con camisa blanca, corbata y pantalones negros. El pelo oscuro y vivo, largo, contrastaba con la indumentaria de oficina. Una acreditación colgaba del bolsillo de su camisa.

— Me la podría hacer ese, la extracción de médula.

— Está bueno, sí.

El hombre medía bastante más de metro ochenta y era delgado. Aparentaba treinta y pocos años. Había algo en las sombras de la cara que parecía situarlo en un traje de superhéroe, algo relacionado con sus cejas en forma de alas de gaviota, la nuez fuerte o la nariz ganchuda. Cuando se acercó, pudieron ver que sus ojos eran azul claro, casi gris, como un recorte de lona vaquera manchado con lejía.

Paula y Norma bajaron del coche. El tipo sonrió abiertamente y se dirigió a ellas con leve acento americano:

— ¿Señorita Merrick?

— Presente.

Le estrechó la mano y luego dijo:

— Mi nombre es Noah Gibson. Todo esto va muy rápido. Quiero acompañarlas y explicarles...

Había alguna palabra del vocabulario castellano que no encontraba. Norma se acercó y también le estrechó la mano, en cierto modo para sacarlo del apuro. Solo entonces se dio cuenta de que el hombre la llevaba enfundada en un guante de látex, tan absorta había estado en sus rasgos viriles y su presencia. Le extrañó eso y también el olor. Gibson no apestaba, pero tampoco olía exactamente a colonia. Era algo más sutil y agudo. El hombre supo interpretar la expresión de Norma y dijo, sin perder la sonrisa:

— Usamos mucho desinfectante. Y mascarillas de oxígeno. Trabajamos con enfermos que tienen defensas muy bajas.

— ¿Enfermos? ¿Cuántos? — El tono de voz de Paula subió un poco.

Gibson las miró a ambas con una mezcla de picardía y arrepentimiento; parecía obvio que estaba a punto de revelarles la verdad sobre una mentira piadosa. Entonces las invitó con la mano a avanzar y él mismo se dirigió hacia la puerta.

— Señorita Merrick, hay cosas difíciles de explicar por teléfono. Su padre no es única persona que está aquí estos días. — Luego volvió la mirada a Norma —. ¿Y su nombre es...?

— Norma.

— Pero usted no eres de la familia.

— Como si fuera mi hermana — sentenció Paula, a quien solo la seriedad de la situación le podía hacer pasar por alto, sin sarcasmos, los errores gramaticales del americano.

— Están siempre juntas...

— Más o menos.

A Norma le pareció que aquello había sido un interrogatorio más importante de lo que Noah Gibson quiso aparentar, pero no dijo nada al respecto para no tensar más a su amiga.

En la puerta de entrada al edificio, al final de la escalinata, había un guardia de seguridad que aprovechaba la sombra del murete más cercano. Además de las esposas y el *walkie*, llevaba un revólver en su funda gastada de color pardo y una defensa cubierta de goma negra. Norma sabía que en los hospitales se usaban vigilantes para controlar el ingreso de borrachos o de gente que pudiera ponerse histérica; también se hacía en los ambulatorios, durante la dispensación de la metadona. Al parecer, había un tercer motivo para que la sanidad pública los contratase: atender pacientes en lugares que no estaban hechos para atender pacientes.

El revólver se hizo muy presente durante unos segundos para Norma. Podía predecir la textura rugosa de la culata y quizá su peso. Sentía el mecanismo interior que, al ser accionado mediante un gatillo, movería ruedecillas como las de un reloj de pared y cantarían la hora con una explosión irreversible.

Antes de darse cuenta, habían traspasado la puerta principal y se encontraban en una antesala presidida por una maqueta de la facultad: la hélice rodeada de jardines. Atravesaron una segunda puerta, esta de funcionamiento automático, y quedaron en el fresco ambiente de la recepción.

Se trataba de un recinto redondo cuyo círculo central estaba rodeado de columnas. A la derecha había una oficina acristalada. Tres puertas dobles con ojos de buey daban paso, equidistantes, a las palas de la hélice que formaba el edificio. Una estrella de Salomón adornaba el suelo y otra, más sencilla, el techo de mampostería, alrededor de un agujero por el que entraba la luz del día.

Norma, al mirarlo, pensó: «De ese boquete querían colgar un péndulo de Foucault. Da directo a la cúpula que hay arriba del todo». Le pareció un momento inadecuado para comentarlo con su amiga, así que siguió observando un escenario que no recordaba tan grande cuando había coincidido en él con decenas de asistentes a los cursos de verano.

Antes del techo había dos pisos, en forma circular, a los que se accedía por una escalera diáfana de caracol. El cuerpo de dicha escalera ocultaba el rizo más humilde de la que descendía al sótano. Al fondo estaba la cantina, enfrentada a la puerta del único ascensor visible. Destacaba a la izquierda de aquel círculo, impropio como el hambre en un entierro, el rojo chillón de una sucursal bancaria cerrada.

Junto a la sucursal se había situado una mesa donde un tipo con bata hacía recuento de bolsas oscuras de tamaño almuerzo. Las cogía de una caja de cartón y las depositaba en otra caja de cartón. Una mujer, que también llevaba bata de médico, hablaba con un hombre enchaquetado y bastante grueso, de barba cerrada y calva sudorosa, cerca de la escalera. Al otro lado había varias bancadas puestas en filas, como si se tratase del oratorio de una iglesia, en las que se sentaban varias personas.

Una de esas personas era Alicia. No se parecía a Paula. Era bajita, de cara graciosa y curvas muy marcadas. Pelo negro y rizado. Iba en chándal y llevaba sobre las rodillas una pequeña bolsa de deporte, todo en color negro. Se levantó en cuanto vio a su hija. Por un instante dio la impresión de que iba a echar a correr para abrazarla, pero contuvo ese impulso, carraspeó y salió de su fila procurando no pisar a ninguno de los otros familiares.

Paula dejó a Norma sola con Gibson. Puso sus manos sobre las de Alicia y confesó:

—No me entero de nada, mamá. ¿Tú te has enterado ya de todo lo que pasa?

—Más o menos.

—¿Por qué hay tanta gente aquí?

—Ahora nos lo van a explicar. Dentro de un rato. ¿Has traído las cosas de papá... de tu padre?

Paula señaló con el pulgar hacia fuera. Estaban en el coche.

—Lo he traído todo —se apresuró a decir para compensar el despiste de no llevar en ese momento la mochila.

—No te ha dado tiempo ni a cambiarte... —Entonces reparó en Norma y le lanzó una cálida sonrisa de agradecimiento.

Esta se limitó a sacudir la cabeza para quitarse importancia de un modo bastante general. Gibson, a su lado, le tocó el codo para llamar su atención. Guantes de látex. Norma imaginó, sin poder evitarlo, cómo sería que el americano le hundiese la cara mal afeitada en el hueco entre el cuello y la clavícula.

—Ya que está usted aquí... ¿podría ayudarme con una cosa?

—Lo que sea.

Avanzaron hacia la mesa donde el tipo distribuía las bolsas.

—Cuando los familiares visitan a los enfermos tienen que llevar mascarillas, guantes, batas y... —Se señaló la cabeza y los pies, ya que no encontraba las palabras.

—Patucos y gorros.

—¡Gracias!

Acto seguido metió las manos en una de las cajas y le pasó tres bolsas a Norma.

—Creo que no hay nadie más.

—Supongo que la familia de John está en América —respondió Norma.

Puso un especial énfasis en la palabra «supongo», como si existiese una posibilidad clara de que, aun teniendo familia cercana, no quisieran visitarle.

Gibson parecía a punto de decir algo. En ese momento llegó el ascensor desde el sótano y se abrió, oculto a la vista; hizo un ruido minúsculo aunque suficiente para atraer las miradas. Atravesaron sus puertas metálicas dos hombres y una mujer, que se unieron al tipo enchaquetado sudoroso y la otra doctora; tres nuevas batas, pero en esta ocasión sus portadores llevaban carpetas y mascarillas apoyadas sobre el pecho. Uno de los hombres vestía pantalones de camuflaje y zapatos de suela gruesa, muy brillantes, como si formasen parte de un uniforme militar.

Sin saber cómo había sucedido, Norma se encontraba cerca de la puerta y observaba dos grupos bien diferenciados. A su izquierda estaban

Gibson, el enchaquetado y todos los de las batas, incluido el lacónico contador de bolsas. A su derecha estaban los familiares, que comenzaron a levantarse. Detrás, como pudo observar por encima del hombro, las puertas principales permanecían cerradas y dos vigilantes observaban la escena con las manos tras la espalda.

Sonó uno de los móviles que llevaba en la mano derecha. Se trataba del de Paula. Un mensaje. Decidió que no era el momento de mirarlo. Además, para hacerlo tendría que dejar en el suelo las tres bolsas; otra ocasión para echar de menos un par de bolsillos en aquel uniforme, que se le antojaba cada vez más fuera de lugar con respecto a cómo evolucionaba el asunto. Sin embargo, siendo una chica con aficiones como el hockey hierba y los insectos, había desarrollado una férrea resistencia a los juicios ajenos, así que cruzó los brazos, con los móviles en una mano y las bolsas colgando de la otra, y se dedicó a escuchar, como si ella también llevase bata, o ropa de calle, o fuese familia de alguien de allí.

El hombre que tomó la iniciativa, el de la chaqueta, la calva y la barriga más que suficiente, no se adelantó un paso ni tuvo necesidad alguna de micrófono. Su voz era profunda y bien templada.

—Gracias a todos por venir. Mi nombre es Carlos Conde. Soy consejero de Sanidad de la Junta de Andalucía. —Pareció a punto de poner más apellidos a su cargo, pero debió pensar que sería poco interesante para el público, así que decidió seguir—. Algunos están más al corriente de la situación y otros menos, así que voy a comenzar por el principio, si no les parece mal. —No hubo quejas. Primero se rascó la frente con el pulgar, en la misma posición que si hubiese intentado consultar la hora o echarse un trago, y luego señaló a una de las personas del público—. Emilia, hace tres semanas fuiste al Hospital de San Carlos, en San Fernando, porque tu marido tenía fiebre muy alta y mostraba... un comportamiento algo errático, ¿verdad?

Emilia asintió. Aunque no sabía lo que significaba errático, intuía que tenía que ver con obligar a la esposa de uno a quedarse encerrada en su propio cuarto de baño por miedo.

Tenía cuarenta y cinco años, de cuerpo magro hasta la fibra, y llevaba una rebeca verde muy digna encima de la blusa. No sudaba en absoluto, como si parte de su sacrificada personalidad le hubiese concedido una especial resistencia al calor. Emilia, de hecho, dio un corto pasito adelante igual que si un profesor la hubiese llamado a la pizarra. Tenía un pañuelo cogido con todos los dedos de ambas manos y un bolso en el pliegue del codo, y se mostraba cansada, asustada, humilde.

—Pasaste por San Carlos y por Puerto Real, ¿verdad? —continuó el señor Conde—, y luego otra vez San Carlos. En Puerto Real quisieron ingresar a tu marido en Salud Mental, ¿verdad?

Emilia solo asintió. Le daba un poco de vergüenza admitir que alguien hubiese siquiera sugerido en algún momento que su marido tomaba drogas o estaba loco.

— Bien — continuó el señor Conde —. También veo por aquí a Julián, compañero de trabajo de Emilio, ¿sí? Julián y Emilio son bomberos. Tengo que decir que Emilio ha mostrado una entereza y una frialdad que nos han dejado a todos sorprendidos.

Julián permaneció cruzado de brazos. No parecía dar importancia a la entereza y frialdad de su compañero de trabajo, aunque sí, y mucha, a cada una de las palabras y gestos del funcionario y de todos los profesionales que tenía delante. Julián llevaba barba bien recortada, negra, brazos macizos y definidos, una camiseta gris de manga corta y pantalones de camuflaje. Botas. Parecía improbable que, con aquella disposición, por su modo de plantarse frente a cualquiera y cruzarse de brazos, como un árbol entre arbustos, aquel hombre calzase jamás sandalias, náuticos o cualquier otra cosa que no fuese tan sólida como su pecho.

— Yo... — continuó Carlos Conde — bueno, sé que todo esto es raro, suena a drástico y no es plato de buen gusto para nadie. Vuestros familiares o personas cercanas no se conocen de nada en la mayoría de los casos y han estado dando tumbos estos últimos días por todas las salas de espera que uno se pueda imaginar: infecciosos, oncología, salud mental, endocrinología, etcétera, etcétera, etcétera; hasta que hemos podido convocaros aquí. Algunos sabéis más o menos lo que sucede y a otros os hemos tenido que... bueno, ¡qué coño, que mentir! — Alzó una mano cuando comenzaron los rumores, los cuerpos que cambiaban el peso de una pierna a otra, las miradas a los médicos, el ascensor, a los vigilantes de seguridad. No consiguió un silencio absoluto, pero sí algo de calma —. Lo siento, lo siento mucho, pero no había una manera mejor de traer a todos los enfermos y a las personas que han estado en contacto directo con ellos.

— ¿Qué es lo que sucede, Carlos? — preguntó el bombero.

Le había llamado por su nombre de pila y había usado el mismo tono que usaría un padre cuando descubre papel de fumar en la cartera de su hijo, un tono que indicaba que no le iba a gustar la respuesta, que seguramente ya la conocía, pero a la vez le concedía unos segundos para inventarse la mejor mentira que se le pudiera ocurrir.

Norma se fijó en que Alicia parecía tan solo un grado menos desconcertada que Paula. Quizá tan solo sabía que algo raro pasaba desde hacía pocas horas o había tenido más tiempo para encajar piezas y darse cuenta de que no encajaban. Norma también vio que la madre de su amiga había mirado un par de veces a un tipo que había al final de la primera fila de asientos. Era un hombre mal afeitado, de estatura media, no más de

cuarenta años, con una camisa hawaiana y pantalones de lino; la única persona con gafas de sol en aquel lugar. Tampoco acarreaba mochila, maleta de deporte u otros enseres.

Su posición era muy parecida a las de ella, en medio del diálogo, así que posiblemente tampoco era familiar directo de ninguno de los enfermos. Ni público ni oyente, y ni siquiera le sujetaba a nadie aquellas bolsas negras que hacían que la mano de Norma hubiese comenzado a sudar.

Carlos Conde llevaba medio minuto hablando cuando Norma volvió a prestarle atención.

— ... y tampoco es que los datos fuesen demasiado claros, pero los síntomas coincidían. Nosotros no tenemos un protocolo para algo que no existe, Julián. Esto no es el departamento ese de contención de enfermedades de los americanos. Esto, aunque sea feo decirlo —mostró el amplio recinto con las manos y luego a los médicos, e incluso a los vigilantes—, me lo he sacado de la manga, porque tengo el pálpito de que todas estas personas padecen lo mismo, que no sabemos lo que es. Y los doctores aquí presentes están de acuerdo.

—¿Todos con los mismos síntomas? —intervino una mujer.

—Pero si mi padre tenía leucemia... o algo —murmuró Paula a la vez que dirigía la mirada a su amiga.

Ambas se encogieron de hombros. Estaba siendo su gesto más usado aquel día.

—Les vamos a enumerar lo que hemos detectado —dijo el señor Conde.

Dio un paso atrás y pidió con la mano que se adelantase una de las doctoras.

Esta dejó de mirar al suelo y carraspeó dos veces. Tenía el cuello delgado y con muchas marcas, líneas de expresión transformadas en fronteras de trozos de piel, el rostro espigado, la nariz y la barbilla altivas, los labios muy severos, toda su energía concentrada en la comisura, como si hubiesen atrapado un hilo. No debía contar más de cuarenta y cinco años; quizá si hubiese elegido otra vida, otro peinado, otra marca de crema para la cara, podría incluso haber sido una mujer atractiva. Sin embargo, su imagen era la representación de la autoridad.

Todos mantenían un gesto prudente y atento ante ella, pero Julián la observaba con la misma paciencia mal contenida con que había mirado a Carlos Conde.

—Hola. Gracias por venir. Mi nombre es Senda Galván, soy médico forense y, antes que nadie se alarme, eso no quiere decir que solo trate con personas muertas.

La misma mujer que antes había preguntado si todos tenían los mismos síntomas, dijo «¡Oh, Dios mío!» con algo de retardo. El resto, incluida la doctora Galván, hizo lo posible por ignorarla.

—Estoy aquí porque el señor Conde conoce mi currículum; sé un poco de cada campo, debido a mi trabajo, y he viajado mucho por el mundo para investigar y escribir artículos y ensayos. No quiero alardear, pero les interesará saber que en muchas ocasiones me consultan peritos y profesionales de hospitales y departamentos de Policía de otros países. Así que no soy experta en curar, pero sí en encontrar el motivo y el origen de enfermedades, envenenamientos, heridas y dolencias en general. —Como nadie añadió, objetó o preguntó nada, alzó su carpeta y repasó con el dedo para leer—. Sed. Picazón. Protuberancias dérmicas desconocidas. Delirios de bajo nivel. Agresividad. Episodios de fiebre esporádica. Dificultad al orinar. Temblores. Exceso de sudoración acompañada de olor químico. Disminución de peso.

Levantó la vista del papel. Los familiares y el resto de acompañantes se miraban entre ellos, algunos asombrados, otros visiblemente inquietos. Hubo un hombre bastante gordo, de camisa abierta y raza gitana, que incluso se alejó un poco de los demás.

—No tenemos ningún motivo para creer que hayan contraído una enfermedad que pueda transmitirse por el aire. Si hablamos del contacto directo o la saliva, no estamos tan seguros de...

—¿Cómo es el positivo?

Norma se dio cuenta de que había formulado la pregunta en voz alta. La mayoría de las personas en la sala se giró hacia ella. También la doctora Senda Galván. Para alivio de la chica, su normal rictus de desaprobación se había transformado en una leve sonrisa.

—¿A qué te refieres? —preguntó el señor Conde—. Y, perdona, tu nombre...

Norma intentó un gesto desdeñoso con la mano, pero solo consiguió mostrar las bolsas como si quisiera vender alguna. Se las volvió a pegar al cuerpo.

—Se refiere a cómo sabemos que alguien está afectado o no —respondió la doctora—. Es una buena pregunta. Los glóbulos blancos se encuentran a máxima actividad. Los pacientes presentan anemia. También dan positivo en marcadores que son coherentes con una infección fúngica, pero cuyo origen no hemos podido determinar en análisis de sangre ni exploración ocular. Hay otros valores que tenemos en cuenta pero... en definitiva, se trata de resultados que, todos juntos, no concuerdan con ninguna enfermedad conocida. Sin embargo, por ahora, según me dicen, no parece haberse transmitido a contactos ocasionales como compañeros de trabajo, gente con la que hayan compartido habitación en el hospital...

—Yo no tengo ningún síntoma —dijo el gitano.

El señor Conde le hizo un gesto tranquilizador con la mano.

— Armando, no hay motivo para que te preocupes. Ni tú ni tu familia. Lo que sucede es que, si no sabemos cómo han contraído esto, tampoco sabemos cuánto tiempo hace que lo han contraído. Entonces, tampoco sabemos lo que tarda en dar la cara, ¿entiendes?

— Me tendría que haber tocado a mí, no a la pobrecica de mi Luisa — fue la única respuesta de Armando.

A pocos metros de él, una mujer mayor, también gitana, volvió a sentarse y se echó la falda hacia abajo para taparse bien las rodillas. Luego se cubrió la cara con las manos. Armando la miró, dudando a todas luces entre si sería o no seguro tocarla para mostrarle su apoyo. El tercer miembro de la familia, un niño de unos doce años, espigado, que vestía ropa deportiva, se quitó los auriculares, se sentó junto a la anciana y le pasó la mano por la espalda varias veces. La mirada que le dirigió a su padre no era buena.

— En resumen — continuó la doctora Galván —, les hemos traído hasta aquí porque, hasta que no sepamos lo que sucede, no es seguro que las personas afectadas estén en ninguna otra parte. Gracias al señor Conde, al interés de la empresa Icepan y al gobierno de la Junta, tenemos este edificio a nuestra disposición para atender a sus familiares como es debido y para que puedan estar cerca. Les haremos a ustedes unos análisis de sangre rutinarios, pero, mientras tanto, les ruego que abran las bolsas que les hemos dado. Tienen que usar el equipo que hay dentro para poder visitar a los enfermos. Todo esto es por precaución.

— ¿Mascarillas? — preguntó Julián—. ¿No han dicho que no se transmite por el aire?

— Por el recuento de glóbulos blancos parece que el sistema inmune de los pacientes está débil — dijo Carlos Conde—. Las máscaras son para protegerlos a ellos. No queremos añadir un resfriado a todo lo que ya tienen, ¿verdad?

Julián asintió y se colocó la máscara con soltura; produjo un sonido de pergamino revoltoso contra su barba. Luego sacó el resto del equipo: bata, patucos, guantes y gorrillo para el pelo.

Norma recordó que Noah Gibson llevaba los guantes ya en el aparcamiento, y allí no había nadie a quien proteger de un resfriado. Eso le produjo una cierta desconfianza hacia los responsables. Como la charla oficial había concluido, parecía un buen momento para acercarse a Paula. Le tendió una bolsa a la madre y otra a la hija.

— No me he enterado de una mierda, Nor.

— Pues que hay algo que no funciona como una epidemia pero que ha cogido a un montón de gente distinta más o menos a la vez, eso es lo que pasa. Que no saben lo que es ni cómo actuar, y que han pensado traer a la gente y a las familias aquí. Esto no es algo de manual, Pau. Esto lo están improvisando, como cuando hay un terremoto y...

— ¡Ya, pero me han dicho que tenía leucemia! Esto es denunciable, joder...

— Gracias por venir, Norma — intervino la madre. Abrió la bolsa. Comprobó lo que había dentro a la vez que sonreía, aturdida y emocionada, como si la chica le hubiese llevado una tarta de cumpleaños—. La verdad, hija mía, es que siempre estás ahí para apoyarnos, siempre...

— ¡Pero yo no bajo a verlo!

Alicia y Paula se rieron a la vez. Era conocida la aversión de Norma hacia John Merrick, más abierta y sólida aún que la de su propia exesposa.

— Voy al coche y cojo las mochilas — continuó—. Para que cuando subas de ver a tu padre, te puedas cambiar de ropa, que lo nuestro con el trajecito de hockey ya no es ni medio normal...

— No pasa nada, que estamos en verano — zanjó Alicia.

Se encargó de colocar a Paula la mascarilla mientras esta le pasaba a su amiga las llaves del coche. De repente Norma tenía en las manos más objetos de los que podía manejar, así que usó la tercera bolsa, ya abierta, para guardarlos todos. Era negra y resistente. Dentro, cada una de las piezas de seguridad individual estaba metida en una pequeña bolsita traslúcida, así que no se mezclarían con sus cosas.

El primer grupo de familiares bajaba ya en el ascensor. Tenía capacidad para seis personas. El bombero y la mujer apocada de la rebeca iban en él. Norma no pudo distinguir al resto, pero sí se dio cuenta, en un rápido vistazo, de que Noah Gibson, el americano de ojos grises, se quedó fuera; también alguna otra bata blanca.

El tipo de la camisa hawaiana y las gafas de sol permanecía apoyado en una columna.

— A ver si me dejan salir — dijo Norma.

— Smithers, suelte a los perros — imitó Paula mientras señalaba con la barbilla a uno de los vigilantes.

— Ya, bueno, nos vemos en un rato. Si tu madre tiene móvil, me llevo el tuyo también.

Alicia tenía móvil. Madre e hija se dirigieron al ascensor, que subía para recoger a una segunda tanda de familiares. Norma esperó a que uno de los vigilantes de la puerta consultara si podía dejarla salir al aparcamiento. Miró hacia atrás. Desde su ángulo, no podía ver cerrarse la puerta del ascensor.

Norma pudo finalmente salir bajo la promesa de volver adentro en cuanto hubiese cogido los enseres. El contraste con el calor del exterior seguía notándose, a pesar de que la noche estaba cerca. Era la hora de los mosquitos y de los gritos de los pájaros.

La doctora Galván compartía el ascensor con Alicia, Paula y una chica pelirroja que mascaba chicle ruidosamente y daba botecitos nerviosos apoyada en las punteras de sus zapatillas deportivas. Aquel calzado debía tener al menos tres dedos de suela.

La cabina era de apariencia cobriza y pulida; había algo de retro en ella. Paula apartó la vista de la pared y de sus pensamientos; se dio cuenta de que su madre miraba con fijeza a la doctora. Iba a pasar algo. Paula podía intuir esas cosas.

—No está bien que hayan mentido así para que mi hija venga —dijo Alicia—. Habría venido de todos modos.

Paula se dio cuenta de que la doctora veía pasar por su mente un elenco de posibles respuestas, cada una de ellas con distintos niveles de irritación o tolerancia. Al parecer, su voluntad se detuvo en una que le hizo fruncir los labios con seriedad.

—Como son una pareja divorciada y hablamos de casi una adolescente, no nos la podíamos jugar, señora —explicó Senda—. No todos los jóvenes son igual de responsables.

—Pero hay otras formas.

—Le doy la razón en eso —despachó la doctora con rapidez. Luego pareció darse cuenta de que merecían una explicación algo más amable y añadió—: No hemos tenido tiempo de hacer mejor las cosas. La policía miente por protocolo a alguien cuando se muere un familiar en un accidente de tráfico. No se le dice la verdad hasta que llega. ¡No es el caso, no se preocupen! Nosotros, bueno...

La cabina acabó el recorrido y abrió sus portezuelas. Lo que vieron al salir fue a los otros familiares mientras recibían las indicaciones necesarias para visitar a los pacientes, cada uno con sus reclamaciones y miedos, gorros y batas para cirugía. Vieron a vigilantes de seguridad, personal sanitario atareado, tablillas con listados de personas, miradas de alerta, armas de fuego. Aquello era real.

Madre e hija comprendieron la poca importancia que iba a tener a partir de entonces el detalle de que las hubieran engañado.

Norma se dirigió hacia la ranchera gris marengo, que permanecía sobre sus cuatro poderosas ruedas como un animal domesticado y simpático al que han obligado a mirar al frente. Abrió la puerta trasera, donde seguían las mochilas de ambas y los *sticks*; el de Paula, un *Grays* de 500 euros; el suyo, un *Ritual Response* bastante más barato, pero también fiable.

Dejó caer la bolsa negra que le había dado el lacónico tipo de las cajas. Entonces recordó que un móvil había sonado y que no había podido mirarlo. Se trataba del ancho dispositivo de Paula. Pulsó la tecla y pasó el dedo para desbloquear la pantalla. Apareció la imagen de Lisa

Simpson con la indumentaria de portero de hockey sobre hielo. Había un mensaje sin leer.

Norma dudó. Antes de decantarse por abrirlo, pulsó sobre el mensaje para ver su procedencia. Ponía «DAD». El padre de Paula. Enfermo. De leucemia. Pero no de leucemia. Le había mandado un mensaje de texto. Decidió que era importante leerlo en ese mismo instante porque la situación se estaba poniendo rara, aún más que rara.

El mensaje hizo que Norma sintiese la carne de sus piernas transformarse en cemento frío: NO VENGAS.

Utilizó su propio teléfono para llamar a su amiga, antes de darse cuenta de la estupidez que estaba a punto de hacer, ya que tenía ambos dispositivos en las manos. Se concentró en la pantalla del móvil para buscar el número de Alicia. Intentó contactar, pero le dio el tono de línea ocupada o fuera de cobertura. Estaban bajo tierra.

NO VENGAS.

«Tarde, papi del año, muy tarde».

Entonces cayó en la cuenta de que había sido ella quien no había leído el mensaje en el momento de recibirlo. Que, cuando llegó al dispositivo de su amiga, todavía habían estado a tiempo de salir pitando de allí, sucediese lo que sucediese.

«Quizá no sea nada, solo que el cabrón está tirando de orgullo y no quiere ayuda, o no quiere que su hija lo vea delirando, con sudores y fiebre».

«Quizá deliraba cuando mandó el mensaje», pensó por último.

Asintió; buscaba confianza en su propio gesto. Intentó tragar saliva, pero no tenía. Se giró para meter la mano en su mochila y sacó la botella de bebida isotónica. Dio un largo trago, aunque su boca seguía lejos de sentirse ágil y saciada.

NO VENGAS.

1 2 3 **4** 5 6 7 8 9

4 — Alicia y Saúl

1 -

2 -

3 -

4 - Alicia y Saúl

5 - Norma y Paula

6 -

7 -

8 -

9 -

Alicia entró en el despacho con el bolso bien pegado al vientre y las líneas del cuello demasiado definidas; aguantaba la respiración. No sabía cuándo soltarla. El detective le pidió con una mano que tomara asiento e incluso se levantó un poco, como si tuviese la intención de retirarle la silla en un gesto caballeroso. No llegó a hacerlo.

Se quedó mirando la curva de la mandíbula de la mujer y la comisura de su sonrisa apurada hasta que él mismo se vio capaz también de sonreír.

— Buenos días. Disculpe que la haya hecho esperar. Estaba terminando un papeleo. Soy Saúl Novo.

Se dieron la mano.

— Me llamo Alicia. No se preocupe. Espero más en... en casi cualquier sitio, vamos.

Alicia se sentó. Saúl percibió que la mujer se le quedaba mirando el ojo izquierdo de modo involuntario. Su color era idéntico al del otro y, si hubiesen estado viendo la tele, centrados en el frente, no podría apreciarse la diferencia; pero no estaban viendo la tele. Saúl sonrió de nuevo, para hacer ver que no le daba importancia a que su ojo de cristal resultase chocante en un primer encuentro.

Alicia también sonrió. Apartó la mirada y prestó atención a los detalles del despacho. Saúl se convenció de que se trataba de un ama de casa, ya que se había fijado en el polvo sobre los archivadores anteriores al año corriente y en el tercer cajón del mueble-bar, que no cerraba del todo.

— ¿Ha podido aparcar?

— He venido en taxi.

— Mejor. Dígame, ¿ha visto un anuncio o...

— No... bueno. Me dieron una tarjeta. Un amigo suyo, creo. Un policía.

— Entiendo.

El modo de pronunciar ese *entiendo* significaba que no estaban necesariamente hablando de un amigo al que le diera alegría que

mencionaran. Alicia hizo el ademán de dejar el bolso en el suelo, pero luego lo volvió a colocar en las rodillas. Las manos no se estaban quietas sobre su piel de cuero.

Saúl se levantó. Alicia miraba hacia abajo. El detective se acercó a un pequeño frigorífico y sacó una botella de agua mineral. Abrió el duro precinto con un movimiento de muñeca y se la ofreció a la mujer.

– ¿Quiere un vaso?

– No se preocupe. Muchas gracias.

– Tranquilícese. Tenemos tiempo.

Alicia asintió. El hombre la miraba desde arriba. Eso la hizo sentir mal y bien a un mismo tiempo; mal porque, de pie a su lado, ostentaba una posición de superioridad física que le traía malos recuerdos; bien porque, a menor distancia, pudo comprobar que olía aseado y sabía elegir *after shave*. No era demasiado guapo, pero, aunque debía rondar los cuarenta años, su rostro seguía pareciendo algo aniñado. La barba incipiente era casi pelirroja, y el pelo, oscuro y brillante, como un metal al que han dado barniz de madera. Si no se dejaba distraer por la presencia del globo de cristal, la mirada del otro ojo se le antojaba muy viva, con la forma adecuada para parecer siempre irónico. Era un tipo con presencia.

– Beba un poco de agua.

Obedeció. Antes que se diera cuenta, el detective estaba sentado de nuevo frente a ella.

– ¿Se trata de su marido?

Alicia asintió.

– Ya. La cuota de agentes asignados a los casos de violencia de género es ridícula. Me imagino que usted ya se habrá dado cuenta.

El detective había ignorado conscientemente el paso de preguntarle cuál era el problema con su marido. La gestualidad de aquella mujer lo hacía obvio y, ante lo obvio, prefirió no obligarla a verbalizar aquello desde un primer momento, hacerle el trago más llevadero.

– La verdad es que sí.

– Y luego está el formulario de valoración de riesgo, que es para echarse a llorar. Rellenan unas casillas, le dan al *enter* y el ordenador dice si la cosa lleva peligro o no.

– Ya.

– Ya.

Alicia cerró la botella de agua y se llevó la mano al pecho, como si tuviese que empujar el líquido o el aire hacia dentro. La barbilla comenzó a temblarle. También la mirada. Saúl suspiró sin hacer ruido. Antes que pudiera pasarle una caja con pañuelos de papel, la mujer ya se limpiaba la comisura de los ojos con uno propio.

– Es que en comisaría...

—No se sintió muy arropada.

—No, no mucho... —Se rio en una serie de toses que expulsaban bastante tensión—. Pero es que, además, ha pasado algo... tampoco sé cómo explicarle...

—Alicia, cualquier cosa que le haya pasado y que no pregunten en el cuestionario de valoración de riesgo, puede importar. No sienta vergüenza, porque usted no ha hecho nada malo. Dígame. Como si fuera el médico.

La mujer volvió a sonreír. Sus labios y sus dientes eran una orquesta perfecta, una persona por sí misma, un postre clásico pero que nunca fallaba. Saúl se descubrió tirando de autocontrol para que aquella sonrisa le pusiese un poco menos nervioso.

—Ya —dijo Alicia—. Me imagino. Es que cuando lo vas a contar parece una tontería. Y no sé cómo contárselo para que me entienda.

—Pero usted está segura de que es algo importante.

—Hemos estado casados dieciséis años. Claro que estoy segura.

—¿Están divorciados?

—Ahora ya sí.

—¿Él ha puesto problemas?

—No muchos, la verdad. Yo creo que lo hizo para no señalarse más en la empresa, que está en la Base de Rota. Después de lo de la orden de alejamiento, un juicio largo sería ya demasiado. Pero mi abogada dijo que era una estrategia, porque en el fondo piensa que vamos a volver y quería parecer un caballero. La amiga de mi hija dice lo mismo.

Saúl asintió, comprensivo, haciéndose una idea cada vez más nítida de la situación, y comentó:

—Internet.

—Eso es.

Alicia volvió a soltar una carcajada, esta vez más natural y sincera. Bebió otro trago de agua y aprovechó para limpiar el círculo que había dejado la botella en la mesa.

—No se preocupe. ¿Qué me estaba diciendo?

La respuesta correcta sería «nada en concreto», pero, como táctica para que la mujer no se desviase mucho, a Saúl le pareció que funcionaría. Si quería que Alicia le contase su problema debía hacerla sentir cómoda.

—Pues que... bueno, yo le digo lo que ha estado pasando. Usted me preguntará lo que me tenga que preguntar, me imagino, ¿no? Es que nunca he ido a un detective.

—Yo no le voy a decir que empiece por el principio, eso se lo aseguro, que hay gente que piensa que el principio es aquello del noviazgo y tal...

Alicia sonrió de nuevo y levantó la mano para asegurarle que ese no sería su problema.

— Bueno, lo voy a intentar contar lo mejor que sepa. — Carraspeó y soltó el aire, preparada para algo muy desagradable y muy necesario —. Mi marido es técnico especialista de Icepan, que es una contrata de la Base de Rota. Bueno, mi exmarido. Trabajan montado los aires acondicionados de casi todos los edificios. Se llama John, John Merrick. Usted sabe, un nombre americano.

— Sí.

— Y, bueno, fue la cocaína lo que le cambió completamente el carácter. Para su trabajo no, que cumple, que allí lo tienen en un pedestal. Pero en casa era... era insoportable. No me ponía la mano encima, pero era...

— Ya.

Saúl Novo sabía lo que el maltrato psicológico podía hacer en una persona, lo mismo que la herrumbre en un vehículo.

— Mi hija iba creciendo, escuchaba cosas que no tenía que escuchar... No sé de dónde saqué la fuerza, pero nos fuimos a un hotel una semana entera, y él que iba a cambiar, que volviera... No era la primera vez que me lo decía.

— Se divorciaron — atajó Saúl.

— Sí. Y él, bueno, la verdad es que ha sido más o menos lo que uno se podía esperar. Que si un regalo el día del aniversario, que si un mensajero con flores. Hasta que le devuelves dos o tres veces los regalos y te llama por teléfono...

Alicia cerró los ojos un segundo y respiró varias veces, los labios muy juntos y la nariz dilatada. Se sorbió los mocos y fijó la vista en el suelo. El detective miraba la mesa.

— Luego se cansó de llamar. Me han dicho que empezó a hacer vida de soltero. Me parece bien. Yo me he apuntado en aerobio, en natación... Llevábamos una temporada que solo hablábamos para cosas de la niña. Todo bien, por fin. Pero el otro día me llamó...

Alicia se percató de que el detective había sacado un bolígrafo y un bloc de notas.

— El domingo — especificó —. Me llamó el domingo y me asustó de verdad.

— ¿La amenazó?

— No. Pero creo que se ha vuelto loco.

— ¿Por qué cree que se ha vuelto loco?

Alicia sacó su teléfono móvil y lo puso sobre la mesa. Era un modelo bastante moderno y llevaba una funda de color rosa, mullida, como de *fondant*.

— Norma, la amiga de mi hija, me enseñó a grabar las llamadas. Todas las que me hace John, o las que me hacen desde un número oculto, las grabo. Lo he cogido por costumbre. Bueno, estaba dejando de hacerlo hasta que le escuché el tono de voz... por eso está empezada.

A punto de ordenar la reproducción del archivo, la mujer miró angustiada al detective.

— ¿Es un delito? Grabarlo y enseñárselo.

— No, porque usted no grabó una conversación de terceros sin estar presente.

— ¿Seguro?

— Esto es lo mismo que si estuviéramos cotilleando de lo que hablaron el otro día.

Nueva sonrisa. La mujer pulsó un rincón de la pantalla táctil. Comenzó a deslizarse por el despacho el sonido de arenilla, el fantasma de lo inalámbrico.

« — Pero es que no sé qué me quieres decir. — Era Alicia.

— Solo te pregunto si alguna vez has pensado en subir. — Era el hombre, John Merrick.

Tenía acento americano, moderado pero evidente. Por la voz no parecía que estuviese eufórico de un modo artificial, sino muy confiado, irritante en su parsimonia.

— Mira, te voy a colgar.

— Ese es el problema, Alicia. Si me cuelgas, me haces sonreír.

— Pero ¿qué te pasa?

— No lo sé. Dentro de un rato estaré bien. Creo que tengo que ir al médico.

— Ve al médico, sí. Llama a un compañero a ver si te puede llevar, o coge un taxi.

— Es algo que tengo que hacer solo.

— ¿Ir al médico?

— No. Tregar».

El fantasma del inalámbrico se quedó mudo al fin.

Saúl asintió. El problema era obvio: allí no había nada denunciabile, pero la grabación ponía el ánimo malo. De modo similar se habría dirigido él a un sospechoso para mandarle el mensaje de que estaba muy loco y podía hacer cualquier cosa en cualquier momento.

— Hay más — dijo Alicia —. Esta la empecé a grabar desde el principio.

Saúl asintió y la mujer manejó el móvil, muy cerca de su rostro, hasta que encontró lo que buscaba. Pulsó la pantalla.

« — Dime.

— Hola. Perdóname por lo de ayer. No sé lo que me pasa últimamente. Me parece que me han pegado algo.

— ¿Has ido al médico?

— ¡No! Hoy estoy mejor. Es que creo que me alteró mucho lo del otro día. No te lo conté para no asustarte, pero nos atacaron cerca del chalé.

— John...

— ¡No, joder, es verdad! No te lo estoy contando para darte pena. Pero, bueno, denunciamos a la policía y ya está. Hoy estoy mejor, ¡de verdad, preciosa!

– *John, por favor...*

– *¡Vale! Retiro lo de preciosa. Solo te he llamado para que no te preocuparas, ¿vale?*

– *Vale. Gracias por llamar.*

– *¿Está Paula?*

– *Está en el entrenamiento.*

– *¡Bien, eso está muy bien! Que entrene, que suba alto... siempre más alto.*

...

– *Un beso, Alicia.*

– *Cuídate, John».*

Saúl se mordió el fino labio inferior y dirigió a la mujer una mirada cauta.

– *Creo que sí estaba bajo los efectos de la cocaína en esa llamada.*

– *Sí. Y luego, lo que dice al final, ¿qué?*

– *Ya, lo de subir otra vez. Las drogas estropean el cerebro de las personas. ¿Sigue teniendo orden de alejamiento o de no comunicarse con usted por teléfono?*

– *Tuvo de alejamiento, pero ya no, desde hace como seis meses. No la quise volver a pedir porque se estaba portando bien y, bueno, los militares americanos, con cosas así, no piden que echen a una sola persona; se quitan una empresa de en medio.*

– *Comprendo. No sería bueno que trascendiera lo del consumo de cocaína.*

– *Claro. No es que hagan controles a los civiles, y John siempre se portó en el trabajo, pero... ¿Le pongo la última grabación?*

El detective asintió.

«– *John, es un poco tarde.*

– *Qué va. Nunca es tarde – de nuevo aquel tono tranquilo, meloso.*

– *¿Qué quieres?*

– *No sé con quién hablar de esto.*

– *Lo tienes todo para quitarte de la droga... No tienes excusa.*

– *Es curioso, porque hoy no me he metido. No me apetece. Hoy solo tengo que... es esta cosa de trepar, pero por lo visto no es el momento. No sé por qué lo sé, pero lo sé. Tú lo sabías cuando tuviste a Paula, ¿verdad? Cuándo hay que apretar.*

– *¡De qué estás hablando! Por favor, John, por favor, no me hagas gritar, por favor...*

– *No, preciosa, no quiero que grites. Pero que nadie se ponga en mi camino. Es que necesito el viento a mi espalda, see all the world, en el momento preciso y abrir la boca, soltarlo todo. The answer is blowing in the wind...».*

La última frase, cantada con la melodía de la obra de Bob Dylan, se interrumpió bruscamente al terminarse la grabación. Alicia guardó el teléfono sin perder tiempo, como si así pudiese acabar con el eco que

habían dejado las palabras de John Merrick en el despacho. Sus manos temblaban de nuevo. Bebió más agua.

Saúl Novo se reclinó en el asiento y golpeó sus labios con el dedo pulgar, pensativo.

—¿Qué es lo que quieres hacer, Alicia? —Sin proponérselo había abandonado el trato formal.

Ella miró por la ventana.

—Quiero no tener más miedo.

Su cuello se encogió de modo involuntario; había comenzado a llorar en silencio, la cabeza estaba inclinada, la boca abierta estiraba sus preciosas comisuras labiales, el pañuelo recogía la gota de su nariz. Aquella mujer se había transformado en una experta en llorar sin hacer ruido.

—Alicia, por favor, tranquilízate. Aquí estás segura. Vamos a arreglar esto, ¿vale?

—Vale.

—Vale. Escúchame un segundo.

Alicia asintió, pero se tapó la boca con la mano y cerró los ojos para controlar su respiración. Una experta. Saúl Novo había visto demasiados expertos en demasiadas disciplinas que la gente no debería aprender nunca.

—Hay varias maneras de arreglar esto. Yo he estado en dos destinos dentro de la Policía. Estuve unos años en Delincuencia Especializada y Violenta, y también estuve en Unidades de Intervención Policial. ¿Sabes de qué te hablo?

Alicia lo miró y negó con la cabeza. Se sonó los mocos. Pidió disculpas con la otra mano.

—Para que nos entendamos, he estado tanto persiguiendo a los delincuentes como en antidisturbios. No es lo normal, pero muchas veces la vida no es normal. Así que... hay dos maneras de resolver esto, como te digo.

—No sé a lo que te refieres, de verdad.

Saúl asintió. Aquella mujer no parecía de las que pagarían para que le pegasen a nadie una paliza de muerte. Ni siquiera parecía ser de las que entendían que, a veces, era así como se arreglaban las cosas, sin que este hecho se reflejase en estadística o información gubernamental alguna.

En cierto modo, el detective sintió alivio. No le gustaba cuando un cliente acudía a él solo por su pasado como antidisturbios; era lo mismo que llamarle matón de tres al cuarto. A su parecer, esas cosas podían ser verdad o mentira, pero no le parecía bonito que se las insinuaran sin un mínimo de reparo.

—Bueno, da igual, Alicia, no te preocupes. A ver, estas grabaciones no sirven para demostrar nada, así que lo que vamos a hacer es encontrar

pruebas de que sigue siendo peligroso para ti y para tu hija, ¿te parece? Además, como voy a estar rondando a John, lo tendré controlado y tú vas a estar mucho más tranquila.

— Vale.

— También puede ser que averigüemos lo que le pasa y, bueno, si es que se encuentra enfermo, físicamente o mentalmente... quizá ni siquiera afecte a la contrata de Rota, que los otros trabajadores digo yo que no tienen culpa de nada.

— ¿Podrías hablar con él?

La pregunta cogió a Saúl tan de improviso que arrugó la nariz como si le hubiesen ofrecido comer mierda.

— ¿A qué te refieres con hablar?

— Para que entre en un centro o algo. O para ver lo que le pasa. De hombre a hombre.

— Ya. Bueno. Yo puedo hacer eso, pero pueden pasar dos cosas: o me manda un poco lejos, o me dice lo que yo quiera escuchar, pero luego no lo hace. Además, no creas que se vaya a tomar muy bien que su exmujer haya contratado un detective.

— No te preocupes; él ya lo sabe.

— Ajá.

Saúl se volvió a golpear los labios con el dedo.

— Le mandé un mensaje y le dije que iba a contratar un detective para que me dejara tranquila.

— Perfecto — respondió mientras pensaba que le estaban pidiendo razonar con un perro rabioso.

— ¿Vas a hablar con él? — preguntó Alicia.

— ¡Claro!

Saúl tenía la intención de abordar aquella conversación pendiente con algo de ventaja. No tardó demasiado en averiguar que John Merrick se había tomado unas semanas de vacaciones atrasadas que le debían. Saúl había visto cómo las personas con cierta responsabilidad y algún tipo de adicción podían hacer muchas cosas antes de pedir una baja médica. Se volvían tan eficaces ocultando sus problemas que, a veces, era demasiado tarde para ayudarles. En el Cuerpo se hablaba de un tipo que no pudo posponer más tiempo una revisión médica, con su consiguiente análisis de sangre, y se pegó un tiro en el pie.

Visto en perspectiva, si Saúl se hubiese pegado a tiempo un tiro en el pie y hubiese fingido que había sido en acto de servicio, no tendría que preocuparse más por pagar sus facturas y conservaría ambos ojos. «A tiempo» quería decir cuando el tribunal médico todavía no formaba parte de la tormenta de problemas que le había caído encima.

También averiguó que el señor Merrick hablaba bastante por teléfono con su compañero en Icean, Edward Colby. Colby había protagonizado dos días antes una escena tensa en el Hospital Puerta del Mar de Cádiz, donde exigía que le atendiesen por lo que él llamaba una «neumonía nerviosa», hasta que se acercaron de la Base de Rota para recogerlo.

Si no se hubiese tratado de un civil, quizá lo habrían llevado a Rammstein, Alemania, como hacían con los militares a poco que se rompiesen una uña. El Ejército estadounidense no mostraba la misma confianza que había mostrado Colby en el sistema sanitario español.

Por otra parte, el episodio del ataque en las inmediaciones de la casa de campo de los Merrick parecía ser cierto. Hubo denuncia y posterior atestado policial, aunque no se supo nada de los atacantes. La descripción fue imprecisa. Merrick y Colby alegaron que estaba demasiado oscuro, pero les pareció ver que sus agresores llevaban unas camisetas blancas muy largas, sucias, parecidas a batas de laboratorio.

Los denunciantes tenían arañazos en el rostro y los brazos; hubo mordiscos; Colby se había doblado un tobillo al correr. La distensión de ligamentos, según informe médico, se agravó porque el tipo siguió corriendo mucho rato después de doblárselo.

Era posible que Merrick hubiese montado una pantomima con la complicidad de un amigo para justificar según qué comportamientos frente a su exmujer. Era posible que hubiese presentado una denuncia falsa y que incluso hubiesen fingido los arañazos, Saúl había visto de todo, pero un esguince de tobillo ya parecía algo demasiado comprometido para dar fuerza a una coartada por algo así, y más si no era el propio posible acusado de acoso, sino un amigo, el que se fastidiaba los ligamentos en pro de la causa.

Todas esas cosas, y alguna más, había averiguado Saúl a través de llamadas de teléfono, cobrándose favores o comprometiéndose a deber favores, mientras efectuaba un seguimiento del sujeto por la zona de viviendas de Puerto Real cercana a Las Canteras.

Como resultado de esas pesquisas también supo que había habido denuncias de animales desaparecidos, de ruidos preocupantes por la noche. Una mujer hizo una llamada al 091 para dar la voz de alarma porque un hombre llevaba más de una hora mirando hacia la puerta de su vivienda. Al tipo no se le veía bien porque estaba a unos cien metros, en la oscuridad, pero a esa mujer también le había parecido que llevaba una bata blanca.

Incluso averiguó que había orden de búsqueda sobre una mujer con cierto historial psiquiátrico llamada Loreto Pantoja, acusada de secuestrar a su propia hija, llamada Fátima, si bien aquel caso parecía guardar poca relación con todo lo demás.

Saúl usaba un micrófono unidireccional que tenía un alcance bastante decente si se apuntaba bien, sobre todo cuando le parecía que Merrick, en sus largos paseos por los alrededores, echaba mano del teléfono. A veces solo cogía un cigarrillo. No le pareció importante anotar en la libreta, aunque sí lo hizo mentalmente, que daba un par de caladas, tres como mucho, y luego tosía y por último tiraba el cigarrillo.

Como si estuviese enfermo.

Captó y grabó con nitidez una conversación en inglés entre Merrick y Colby. Sucedió cerca de la media noche; Merrick salía poco durante el día.

Un amigo de la oficina Sirene se la tradujo al castellano en un par de horas y le mandó la transcripción en un archivo codificado.

«— ¿John?

— ¿Cómo andas?

— *Se va a quedar en nada. Por parte del hospital y por parte de los nuestros. No sé qué mierda me pasó. Me entró miedo.*

— *A mí también me entra miedo de vez en cuando. ¿Neumonía nerviosa, Eddie?*

— *No me jodas, anda. ¿Sigues en Puerto Real?*

— *¿Dónde me voy a ir?*

— *Estás demasiado cerca.*

— *¿De qué?*

— *Sé lo mismo que tú.*

— *¿Tú también quieres trepar?*

— *Me quiero volver a casa».*

Aquella conversación, que no significaba nada, podía significar demasiadas cosas. O bien John Merrick estaba loco y su compañero le seguía la corriente, o era al contrario. O los dos estaban locos. O estaban de acuerdo en algo que no podían explicar por teléfono. Quizá se referían al ataque de unos tipos que parecían llevar camisas largas o batas, aunque eso no parecía guardar relación alguna con querer trepar.

El detective había visto muchas cosas, sí, complots, locura, maltrato y drogas, pero aquel caso parecía tenerlas todas juntas de un modo en que no casaban entre ellas. A las 20:35 del segundo día de seguimiento de John Merrick decidió que, si iba a hablar con él, como se había comprometido a hacer frente a su cliente, debía ser de inmediato. Si lo demoraba más, encontraría más rarezas, acudiría a la policía, o a la empresa de Rota, y faltaría a su palabra.

Aquella finca poseía un jardín bastante grande y, por lo que Saúl había visto, dos puertas, una larga y corredera para vehículos, y, en el extremo opuesto de la verja, otra estrecha para personas. Aparcó el coche a un lado del camino de tierra. Se bajó. El aire era cálido aún. Sentía la ropa

pegada al cuerpo después de estar todo el día sentado, haciendo llamadas o esperando con el micro en la mano como un esquimal con una caña. Su cuerpo no se adaptaba a las labores de oficina ni al sedentarismo. Sintió alivio cuando dobló el espinazo para tocarse las puntas de los pies y se le destensaron las articulaciones de la cadera. Había echado algo de barriga en los últimos años, pero aún notaba el nervio muscular de quien se puede mover rápido y con violencia.

Giró la cabeza a un lado y a otro hasta que encontró el crujido de las cervicales. Rotó un poco los hombros. Abrió y cerró las manos. Ya estaba preparado por si tenía que ponerse persuasivo, a la vieja escuela, con el señor Merrick, así que se aproximó a la puerta de la verja y pulsó el timbre. Se trataba de un sencillo embellecedor blanco, cubierto por un plástico semirrígido que debía protegerlo de la humedad. A lo lejos, más allá del camino rodeado de setos, sonó el *din-don* clásico de los timbres de la clase bien. Nada de estridencias.

Tuvo que repetir la llamada. Luego se abrió la puerta de la vivienda. No salió ninguna luz desde dentro, pero sí se distinguía la figura del dueño del chalé. Novo levantó una mano para saludar, a veinticinco metros de distancia, a un John Merrick cargado de hombros e indeciso. No perdieron el contacto visual en ningún instante. El tipo cogió el telefonillo que había tras la jamba y habló a través de él.

—¿Sí?

Saúl pensó que parecería menos agresivo fingir que no veía a la persona que le hablaba, así que se dirigió a la placa gris del portero automático.

—Hola. Lamento molestarle. Vengo de parte de Alicia.

Si aquella carta de presentación no provocaba reacción alguna, significaría que el corazón de aquel hombre había encontrado la paz o se le había caído en uno de sus largos paseos por los alrededores.

Se oyó el chisporroteo histérico de la señal eléctrica que abría el cerrojo. La puerta se movió con ese pequeño empujoncito, hasta que unos hierbajos que crecían entre las piedras del camino la detuvieron. Saúl soltó el aire como un nadador que saca la cabeza del agua. Entró.

A las 21:15, Saúl Novo estaba de nuevo dentro de su coche, deseoso de arrancar y poner árboles, chalés y sombras de por medio. Debía hacer una llamada lo antes posible, pero pensó que quizá pudiera posponerla, coger el teléfono cuando estuviese de vuelta en Cádiz, se hubiese dado una ducha y trasegado una copa de ron miel.

Resopló, como enfadado consigo mismo, y consultó su libreta para marcar un número de teléfono. En la Base de Rota le habían dado un fijo y un móvil de la empresa Icepan, pero le habían pedido que usase el móvil solo si se trataba de algo urgente. El asunto lo era, pero todavía dudaba

sobre si tendría que usar ese número de la agenda, llamar a algún colega del Cuerpo o hablar primero con su clienta, Alicia.

Cuando contactó por última vez con Lope, el antiguo compañero de la comisaría de Cádiz, este le había pedido que se cortase un poco pidiendo información; tenía enemigos más importantes en la Policía que el peso de todos sus amigos juntos. Llamar a Alicia sería demasiado brusco y, según sospechaba Saúl, incluso con todo lo que había pasado, dudaba de que aquella mujer perdiese la esperanza de que el padre de su hija fuese rehabilitable.

Marcó el teléfono privado de la persona de Icepan que le había suministrado información sobre Merrick. El problema que tenía aquello era que, seguramente, debería contarle la verdad sobre él mismo y la identidad falsa que le había proporcionado en la anterior llamada.

— *Noah Gibson.*

— Señor Gibson, discúlpeme por llamarle a estas horas.

— *¿Quién es?*

— Soy el amigo del señor Merrick.

— *¡Ah, hola de nuevo, señor Pazos! ¿Sucede algo?*

— Verá, sí sucede algo. Realmente soy detective privado. Mi nombre real es Saúl Novo. Me contrató la mujer de John Merrick.

Noah Gibson hizo un ruido inidentificable al otro lado de la línea. Ese era el momento en que podía entrar en la conversación una demanda con la que nadie iba a querer ayudarlo, ni su propio gobierno. Icepan daba trabajo a doscientos cuarenta empleados en Rota y catorce mil seiscientos en el resto del mundo.

— *¿Tan grave?* — fue lo que respondió Gibson —. *¿Qué sucede?*

En principio el tipo no parecía habérselo tomado demasiado a pecho. Saúl miró por la ventanilla hacia la puerta de la vivienda que acababa de abandonar. El sol se había puesto. La iluminación era mala en aquella zona, lo suficiente para confundir un perro con un gato grande y una camisa larga con una bata de médico. Imaginaba que, en cualquier segundo, Merrick saldría con un arma para pegarle un tiro a través de la ventanilla del coche, o se asomaría haciendo molinetes con la lengua y se despediría como un buen anfitrión del País de las Maravillas.

Después de lo visto dentro del chalé, cualquier cosa se le antojaba posible.

— Sé que Edward Colby intentó que lo atendieran en un hospital público español y no lo conseguí, así que imagino que ustedes llevan sus asuntos a su manera. Le he querido llamar a usted primero porque es el médico de la empresa y porque me sentía un poco mal por haberle engañado para averiguar los horarios de John. Aparte de eso... bueno, creo que es grave, sí.

— *Pero... ¿la señora Merrick está bien?*

— Sí.

El detective apretó los labios. Sintió dudas; quizá lo que iba a contar era una soberana tontería para cualquiera que no hubiese estado hacía unos minutos con él en presencia de John Merrick. En cualquier caso, ya no podía echarse atrás.

— Sí — repitió —. John ha estado molestando a mi cliente por teléfono. Hemos preferido hacerle razonar antes de tomar otras medidas. No queríamos que eso afectase a la imagen de Icepan en Rota y, de paso, a todos los otros trabajadores.

— Entiendo.

Lo entendía. Entendía que Saúl estaba mostrándole una carta que poder jugar si la cosa se ponía fea. Era un tipo espabilado, el tal Gibson.

— Acabo de hablar con John en su casa, aquí en Puerto Real. Le he preguntado por su estado de salud. Le he dicho que su exmujer estaba preocupada. Le he recordado que tiene una hija.

— Sí.

— He hablado también de su problema. ¿Sabe a lo que me refiero?

— No lo sé, señor Novo.

— Él tiene un problema que le ha costado el matrimonio.

— Sé que está divorciado, sí.

— Tiene un problema con la cocaína.

— Entiendo.

— Y luego me he puesto un poco duro. Le he dicho que todos escuchamos noticias en el telediario de hombres que matan a su mujer y que luego se suicidan.

— Sí.

— Le cuento esto en confianza, para que sepa lo mal que está ese hombre.

— Sí.

— Quiero que sepa que solo era para meterle miedo.

— ¿Qué era para meterle miedo?

— Le he dicho que a veces pasa lo contrario, que esa gente que quiere matar a su mujer se intenta suicidar antes y los encuentran con los huevos metidos en la garganta.

En esa ocasión el señor Gibson no quiso confirmar que lo entendía, aunque tampoco dijo nada reprobatorio, así que Saúl continuó.

— Bueno, John Merrick no me ha respondido en todo el rato, pero movía un poco la boca. Cuando yo me callaba, entonces escuchaba que lo que estaba era cantando una canción de Bob Dylan y, no sé por qué, pero me juego los cojones y no los pierdo a que también la canta en el trabajo, ¿verdad? La de *Blowing in the wind*.

— No sé decir. Solo soy el médico. No lo conozco bien.

— De acuerdo, pero la cosa no queda ahí.

Se preguntó si estaba usando un lenguaje demasiado nativo para un americano. Miró de nuevo por la ventanilla. La vivienda se había convertido en un bulto negro más. No había ninguna luz encendida.

— Cuando ya me he cansado de hablar, John seguía con la canción, muy bajito. Luego pareció que se estaba atragantando con una pelusa. Se ha levantado y se ha ido para el frigorífico. Ha abierto el congelador y se ha quedado un rato mirando. Yo al principio pensé que me iba a ofrecer una copa.

— *Pero no le ha ofrecido una copa.*

— No. Cuando me he cansado de esperar, me he acercado. John tenía la cabeza casi dentro del congelador y la boca muy abierta, como si se quisiera enfriar la lengua.

— *¿En serio?*

— A lo mejor parece una tontería, pero eso no es de estar centrado. A ver si nos entendemos, si un tipo viene a mi casa y me amenaza, yo no le doy la espalda y me pongo la lengua a enfriar en el congelador.

— *No, no, entiendo. Es... preocupante.*

— Bueno, yo tengo que pensar qué le digo a su exmujer... y cómo se lo digo. Le he llamado porque creo que, bueno, siendo John americano, quizá quieran ustedes...

— *¿Le ha notado algo malo en piel o en lengua, señor Novo?*

— Estaba oscuro — respondió con cautela —. No encendió la luz y en el frigorífico... bueno, abrió el congelador, y el congelador no tiene luz.

— *Ya.*

— Llevaba una camisa de mangas largas. La verdad es que hace demasiado calor para una camisa de mangas largas.

— *Sí que lo hace.*

Saúl se dio cuenta de que el médico le iba a pedir algo. Posiblemente a cambio de no usar en su contra el asunto de haberse hecho pasar por un amigo de Merrick.

— *¿En qué está pensando, señor Gibson?*

— *Pienso que Edward Colby, compañero de trabajo, amigo de John Merrick fuera del trabajo, presenta síntomas... También tiene... cómo se dice...*

— *¿El qué?*

— *¡En la piel! ¡Debería saber decirlo, soy médico!*

— *Síntomas cutáneos.*

— *Síntomas cutáneos. Él está de baja médica.*

Con su acento aquello parecía el título de una película de suspense. Una que acababa de llevarse un premio al mejor guion adaptado.

— *Esto es una base militar, pero ellos son civiles* — continuó Gibson —. *Aquí no hay medios para algunas pruebas y tendrían que llevarlos a Rammstein o a su casa. Eso lo hacen los militares y...*

— Entiendo.

De nuevo la contrata, la imagen, el paraguas militar que podía cerrarse en cualquier instante como un ala de murciélago sobre Icepan, dejando en el paro a cientos de trabajadores por culpa de uno solo.

— *Pero no sabemos si es un caso aislado o... Es importante saberlo rápido. Entonces habría que hablar con autoridades sanitarias españolas. Si no es algo aislado, digo.*

— Claro.

— *Pero si se trata solo de Colby...*

— Entiendo.

— *Entonces nos olvidamos del asunto. Y si le pasa a los dos, entonces quizá es grave... así que también nos olvidamos del otro asunto, de Luis Pazos, la pequeña mentira.*

— Haga mi trabajo. Mi clienta está asustada.

— *¡Por supuesto, por supuesto!*

— Además, no he cometido ningún delito. Ha sido simplemente...

— *Claro. Parte de su trabajo.*

Novo miró una vez más por la ventanilla. Ya era noche cerrada, demasiado silenciosa, como la pantalla negra de un televisor encendido que escondiera una avería.

Si Gibson quería joderle, le podía joder bien, no porque tuviese nada de qué acusarle, sino porque la Base Naval de Rota daba de comer a muchas familias en una mancomunidad asolada por el desempleo, y los delegados y subdelegados del Gobierno atendían cualquier llamada desde esa base a cualquier hora del día y de la noche. Los militares podían presionar a Icepan e Icepan podía presionar a cualquiera, y un detective necesitaba una licencia si no quería dedicarse a ser portero de discoteca.

Además, quedaba el asunto de que Gibson quizá tuviera un interés real en la salud de sus empleados. Quizá aquello fuese un asunto de verdad, uno con mala pinta. En ese caso, Saúl no se podía enfadar si aquel hombre intentaba manipularlo un poco.

— Usted quiere que entre allí otra vez.

— *No he dicho eso.*

— Si tiene algo contagioso, algo que te vuelve loco y que además crea síntomas cutáneos...

— *Bueno, usted ya ha entrado una vez.*

— De la ruleta rusa te salvas una vez.

— *Ya.* — Parecía que iba a dejar el asunto, pero elevó el tono una octava y añadió —: *¿Olía raro el señor Merrick?*

— La casa olía a humedad. Y a algo más. No sé a qué.

— *Bueno, no quiero que entre de nuevo, señor Novo. ¿Vive solo usted?*

— Sí.

– *Lo mejor es que vaya a su casa y se dé una buena ducha. En Icepatan no hay nadie más que presenta los síntomas, solo John y Edward, no se lo han pasado a nadie, pero mejor... curar que...*

– ...prevenir que curar.

– *Eso es.*

En ese momento tuvo la revelación de que no oía a ningún perro ladrando por la zona. Aquel conocimiento se unió a la sensación de opresión por la oscuridad que lo rodeaba y por el extraño comportamiento de Merrick. Saúl se olvidó de su orgullo. Arrancó el coche. Puso el teléfono en manos libres y lo tiró sobre la guantera.

– *¿Sigue usted ahí?*

– Sí. Estoy conduciendo.

– *Dese una buena ducha. Como si llevara una semana sin ducharme.*

– Sin ducharte.

– *¿Yo?*

– Da igual. Sin ducharme. Ahora mismo me pica todo.

Gibson se rio de buena gana. Quizá acababa de pillar su equivocación anterior, quizá se encontraba relajado porque él estaba en una casa limpia con las luces encendidas. O ambas cosas.

– *Bien. Quiero que mañana volvemos a hablar. Quiero correr con los gastos de su investigación y ampliarla un poco.*

– Eso suena bien.

Saúl sintió alivio por la idea de no estar contratado por Alicia y poder mantener con ella, a partir de ese momento, un trato sin las restricciones de la ética profesional.

– *Pero quiero que esté tranquilo. Aquí nadie más presenta los síntomas y yo mismo he hablado con John y le he dado la mano. Yo le vi y yo le di la baja médica.*

– De baja, sí. La primera vez me dijo que John se había tomado unos días de vacaciones.

– *Los americanos también sabemos mentir, señor Novo.*

Saúl giró para encarar el camino de tierra que le llevaría a la vía principal, la Avenida de la Constitución. Sonrió. Los faros iluminaban la carretera a golpes, como un avión que cabeceara al aterrizar. El camino era oleaje. Si se le cruzaba un animalillo tendría el tiempo justo para frenar sin llevárselo por delante. O quizá no.

El coche pasó por al lado de la finca en la que se encontraban aquellos dos extraños edificios en forma de cúpula.

– Se ha quedado usted muy rápido con mi nombre verdadero.

– *Soy bueno con los nombres.*

«Y mintiendo, cabrón». Pensó el detective antes de colgar.

Mientras conducía, sintió una responsabilidad incluso mayor que cuando había aceptado la petición de Alicia de hablar con su marido. Y

también sintió intranquilidad. Un médico estadounidense, al servicio aunque fuese indirecto de los militares, manejando con medias tintas un asunto sobre enfermedades contagiosas y extrañas, era algo que disparaba todas sus alarmas, no solo como expolicía, sino como persona normal y corriente que había aprendido a sospechar de todo lo que quería mantenerse oculto.

A la mañana siguiente, sentado en el wáter, Saúl cayó en la cuenta de algo obvio y que solo le podía haber pasado desapercibido por culpa de la agitación vivida la tarde antes. Si bien se habría manejado con soltura en una situación meramente violenta, o incluso en una ilógica, aquello del frigorífico, lo de la posible enfermedad contagiosa, la involucración de los americanos y, por qué no decirlo, de aquella clienta, había anulado en cierto modo su intuición policial. Pero en ese momento, rodeado de losas que había contado cientos de veces mientras hacía de vientre, lo vio claro y sintió un gran alivio: John Merrick y Edward Colby habían contraído lo que fuese que les estaba afectando al cerebro cuando fueron atacados.

Eso tenían en común más allá de ser americanos, trabajar en Icepan o compartir cervezas. Y si él se había dado cuenta, Noah Gibson, el médico astuto y capcioso, seguro que al menos lo sospechaba. Por eso estaba convencido de que no debía tener miedo a haberse contagiado en su visita al chalé; de otro modo le habría recomendado ir a un hospital y no tan solo darse una ducha en su casa.

Aquella recién adquirida tranquilidad le hizo valorar al joven americano de otra manera; ya no lo veía manejando hilos subterráneos para que algún fiasco experimental de su país no saliese a la luz. No, Gibson no era un villano de una historia de desastres. Se trataba tan solo de un tipo discreto y al que, quizá, le costaba expresarse en un idioma que no era el suyo, así que no gastaba más palabras de las que hacían falta.

Todo eso le dio ánimos para pedir a Alicia que acudiera a su despacho. Lo hizo después de estar seguro de que tenía una camisa planchada que le diera un aire más informal y ocultase un poco la tripa; llamó a la mujer con tres buenas opciones tendidas encima de la cama y un pantalón de lino sobre el brazo izquierdo. Alicia pareció impaciente por conocer los resultados de sus indagaciones y estuvo de acuerdo en verle en una hora. A Saúl le gustaban las mujeres que no necesitaban demasiado tiempo para arreglarse y presentarse en cualquier sitio.

El bar mantenía un cartel ofreciendo caracoles a pesar de que la temporada había acabado hacía un par de semanas. El suelo no parecía barrido de esa mañana ni fregado del día anterior. Las cartas del almuerzo, cubiertas de plástico gastado, permanecían sobre las mesas de aluminio como si fuesen los verdaderos clientes. El sitio no tenía buena presencia

y el dueño era feo con arrogancia y cierto orgullo, pero el café estaba muy bueno. La máquina lucía limpia. Se purgaba después del servicio de desayunos para trabajadores madrugadores, de modo que supiese rico también en el desayuno de los funcionarios.

Saúl Novo valoraba un buen café en un bar, tras años de haberlo bebido con muy distintas calidades en una gran cantidad de tugurios, comisarías y estaciones de servicio. De hecho, lamentó que Alicia prefiriera un té rojo.

— Bueno — dijo después de unos minutos de normal cortesía —, lo que te comenté, ya he hablado con John.

— Sí.

— Mira, está muy mal. He avisado a la gente de su trabajo. Creo que es lo más discreto, porque si no, igual acaba en el ala de agudos de Puerto Real... bueno, he visto ese sitio y no creo que allí ayuden a nadie.

Alicia soltó con lentitud más aire del que parecía en un principio que pudiese retener. El detective se daba cuenta de que aquellos dos se habían querido. Al menos, ella lo había querido a él. Saúl sabía que asistía a un momento determinante para Alicia, ya que, si el sentido de piedad superaba al sentido común, se renovarían un ciclo que ni reinsertaba al hombre ni era seguro para la mujer; en muchas ocasiones acababa mal y casi siempre acababa mal para ellas.

Decidió mostrarse lo más imparcial posible.

— No se puede razonar con John, pero es posible que no tenga la culpa. Su compañero, Edward Colby, está igual. Lo que te contó en la grabación, lo del ataque, parece que es verdad. Al menos, lo de la denuncia es verdad. Puede que les hayan pegado algo.

— ¿Contagioso?

— No sé cuál es el término correcto. En el trabajo no han contagiado a nadie. Para que te peguen la rabia te tienen que morder, ya sabes... es un modo de contagiarse, pero no es...

— No es como un resfriado.

— Eso parece.

— ¿Y le puede estar afectando a la cabeza?

— ¡Buf! No lo sé, pero hay un montón de enfermedades que te afectan a la cabeza. La rabia, lo que te he dicho antes. La sífilis.

— ¿Sífilis? No, él...

— ¡No, no, no te digo que sea eso! — Puso las manos en alto y soltó una carcajada rápida. Alicia se sopló el flequillo, algo avergonzada por haber quedado, quizá, como una mojegata—. No, no creo que fuese ese tipo de ataque el que sufrieron.

Entonces sí consiguió hacerla reír y fue como ver desplegarse la vela de un barco. Aprovechó para abrir el sobre de sacarina y echárselo en

el té. Lo movió y se lo puso un poco más cerca. Alicia frunció el ceño, aunque no enfadada, y él puso cara de indolencia que, realmente, quería decir: «Sí, estoy flirteando contigo».

Tenía que explicarle más cosas, por supuesto, pero le pareció importante seguir con aquello que influía directamente en el modo en que debían entenderse y tratarse el uno al otro a partir de entonces; como iguales.

—Mira, los americanos quieren tomárselo en serio. Es uno de los suyos. Fuera de la base no pueden hacer lo que hace un detective, o sea, meter las narices y hacer preguntas. Así que me quieren contratar. Supongo que me quieren contratar para que averigüe lo que han pillado, dónde lo han pillado y si hay más gente infectada. Es por si hay que avisar a los servicios de salud españoles o no.

—¿Eso no habría que hacerlo ya?

—Ya, bueno... No lo sé. Si no tienen lo mismo, si solo es que John, bueno, ha perdido la conexión con la realidad... imagino que ellos le pueden meter en un sitio caro, en caso de que lo tengan cubierto con su seguro. ¿John tiene la nacionalidad española?

Alicia no había entendido o querido entender nada de lo que Saúl dijo a partir de «conexión con la realidad». Parecía a punto de preguntar algo. De hecho, con los dedos de una mano hizo el gracioso gesto de quien rebobina una cinta.

Sonó el móvil de Saúl.

—Perdona. Creo que son los de Icepan.

Cogió el teléfono y se levantó de la mesa. Sabía que estaba siendo maleducado, pero, por otra parte, no quería poner cara de póker delante de aquella mujer.

Alicia se quedó moviendo el té un buen rato. En cierto momento se rompió la bolsa y el contenido oscureció aún más el vaso. Las hebras de té ascendieron en un remolino, como una tormenta de mosquitos, y luego comenzaron a asentarse. Algunas se quedaron pegadas a las burbujas de aire en la superficie de la infusión. Las pompas se hacían pequeñas, o desaparecían, o explotaban todas las grandes dejando solo las pequeñas, y las hebras de té que se habían quedado prendidas a sus bordes superiores o inferiores fueron uniéndose al resto en el fondo del vaso. Tres minutos más tarde, Alicia retiró la bolsa rota, la enrolló con destreza en la cuchara y la depositó en el plato. Durante esos tres minutos había visto dos versiones enteras del resto de su vida. En una de las versiones, volvía junto a John y cuidaba de él. En la otra, era libre.

Saúl Novo se sentó de nuevo. Alicia tardó en ubicarlo. Luego sonrió, aunque sus ojos seguían viendo una tormenta de mosquitos en un líquido rojo y ascendente.

— Ya está.

— ¿Qué pasa?

— Mira, Icepan se hace cargo a partir de aquí. Honradamente, no puedo cobrarte nada.

— Ya... — respondió de modo distraído. No estaba pensando en esos términos—. Pero yo sigo asustada.

— ¿Por la enfermedad?

— Por él.

Saúl lo vio coherente y pensó que quizá fuese mejor no contarle el episodio de la cabeza en el congelador.

— No te preocupes. Van a hacerse cargo. Estará en observación. Su compañero también. Y, por si acaso, vamos a mirar con qué otra gente pueden haber estado en contacto. Me han contratado para eso, para mirar cosas; si hay algún parte de lesiones por una pelea o algo así...

— ¿Y lo de...

Alicia era demasiado recatada como para terminar el gesto de tocarse la nariz con el dedo, pero Saúl entendió el amago de inmediato y se encogió de hombros como toda respuesta.

— Habrá que ver si Colby también le daba. Igual les vendieron algo... distinto.

— ¿Distinto?

El detective decidió que quizá tampoco fuese buena idea hablarle del *krokodil*, una droga de la que había oído hablar, pero cuyos efectos no había conocido directamente en la calle. Se decía que había surgido en México. Parecía tratarse de un derivado de la morfina, mucho más potente, que saturaba los vasos sanguíneos e iba dañando los tejidos internos, incluido el sistema nervioso, como toda droga, y afectaba por último a la piel. Una definición que se barajaba en internet era que se comía al drogadicto de dentro hacia fuera. Algunos lo llamaban droga zombi, porque los adictos acababan teniendo la apariencia de un festín de gusanos.

Gibson le había preguntado si John presentaba algún síntoma en la piel. Estaba demasiado oscuro. El congelador no tenía bombilla. La lengua ancha ocupaba gran parte de la boca abierta, como en un vómito detenido en el tiempo.

— No lo sé, Alicia. Lo decía por decir.

Durante la llamada de teléfono que recibió en el bar, Gibson le había asegurado que se pondría en contacto con el Servicio Andaluz de Salud, al más alto nivel, para cotejar datos e intentar aprovechar cualquier protocolo de actuación que la sanidad pública pudiese ofrecer. El hecho de que Merrick estuviese enfermo simplificaba la protección de Alicia, si es que conseguían ponerlo en algún tipo de aislamiento junto a su compañero

Edward Colby. Por otra parte, todo esto obligaba a que Saúl investigase el foco de infección, si se trataba de una infección, o el origen de la droga, si es que era eso lo que enfrentaban.

Independientemente de los honorarios que el detective pudiese percibir, el asunto se salía bastante de sus habituales atribuciones como investigador privado y, además, ofrecía unos riesgos a los que no estaba acostumbrado en su nueva vida. En su situación actual no contaba con el apoyo del Cuerpo ni con el respaldo de un compañero. Los camellos solían huir cuando olisqueaban una placa, aunque a veces se quedaban y peleaban. Las pistolas les daban menos miedo que las placas. Saúl imaginó lo que sucedería si se trataba de un grupo mexicano importando *krokodil* en España, en caso de que lo pillaran metiendo las narices y se dieran cuenta de que no era madero, sino civil; lo que podrían llegar a hacerle no sería agradable ni sería rápido.

Por eso Novo sintió alivio cuando Gibson le envió detalles nuevos sobre el caso a su móvil. En las cercanías del chalé de John Merrick, hacía menos de una semana, hubo un suceso luctuoso que parecía encauzar la investigación. Un hombre de origen desconocido se había suicidado en extrañas circunstancias y en presencia de varias personas. Todas esas personas tuvieron que declarar sobre el hecho ante la policía. Todas esas personas, además, habían pasado posteriormente por algún servicio médico de urgencias. Presentaban síntomas parecidos a los de John Merrick y Edward Colby, que eran la única excepción a esa regla coincidente, ya que esos dos no habían prestado declaración acerca del suicidio, así que no se los podía ubicar en las inmediaciones el día de autos.

Pero había algo que los ponía en contacto como pistas que seguir y no era tan solo la situación geográfica; Merrick poseía esa casa de campo, que se había convertido en su vivienda habitual, cerca de Las Canteras; Colby y él solían quedar para beber y mirar algún partido en la tele; ellos quizá no eran testigos del suicidio, pero, por otra parte, habían sido atacados en las inmediaciones por unos individuos que, según decían, llevaban unas camisas muy largas o quizá batas de médico; como el tipo que se había ahorcado en mitad del bosque.

Saúl Novo estaba intrigado por el caso a un nivel profesional que le hacía remover viejas pasiones. Al fin y al cabo, ¿de qué hablaban exactamente? ¿De un suicidio que podía contagiar una enfermedad a quienes lo presenciaban?

A la espera de que se confirmase la custodia de Merrick por parte de las autoridades sanitarias, Novo pensó que sería buena idea llamar a Alicia para comprobar que todo fuese bien. Los maridos que amenazaban a sus exparejas no solo eran impredecibles, sino que actuaban como misiles teledirigidos. Cuando llegaban a tal punto de frustración y rabia

como para decidir que iban a acabar con la mujer o con sus hijos, entonces solo se les podía detener con una bala en la cabeza. Si además de esto, eran del tipo que canturreaba canciones en circunstancias en que no procedía y se refrescaban la cabeza en el congelador, aunque hubiese visita, entonces cualquier precaución era poca.

Saúl había insistido en dejar a Alicia un spray de pimienta. Bien empleado, aquel cacharro podía tumbar a cualquiera, dejarlo ciego todo el día y hacerle desear haber nacido sin ojos. Además de esto, llevarlo no era tan grave como agenciarse un *taser* y mucho menos grave que llevar un arma de fuego carente de licencia. Sin embargo, el detective dudaba que Alicia pudiese usar el spray con la firmeza suficiente. Quería tenerla controlada mientras la situación aún no lo estuviese. Y quería ver sus labios.

La mujer cogió el teléfono al segundo tono. Saúl sonrió, sentado en su despacho, jugando con las teclas de su ordenador. Le gustaban las mujeres que no hacían esperar. Alicia estaba bien; nerviosa. Podían cenar juntos. Saúl le advirtió que no se quedaría hasta muy tarde porque al día siguiente tenía bastante trabajo. Esa formalidad pareció agrandar a la mujer. Ella le dijo que si no le ofrecía cenar en su casa era por no liar demasiado la cabeza de su hija.

Adolescentes.

Ambos se rieron.

Pocos padres tenían conciencia de cuánto subestimaban a los adolescentes; Saúl había aprendido esa lección por las malas. Un adolescente podía dejar tuerto a un policía igual que cualquiera.